

¡UNA ORACION PARA LOS POBRES NEGROS AGONIZANTES!

Según las estadísticas más autorizadas, mueren cada día 140,000 personas.

Esta multitud de almas que comparece ante el Tribunal del Soberano Juez, en donde se determina su suerte para la eternidad, comprende unos 25,000 católicos, 15,000 herejes ó cismáticos y 100,000 infieles.

Cada día, pues, en estas inmensas regiones del Africa, agonizan, mueren y son juzgados millares de pobres infieles, fetichistas, polígamos, etc., cuya suerte hace temblar y no sin razón.

Para estos desgraciados negros agonizantes, os pedimos una plegaria, hoy y cada día.

Para su bien rogad á Dios:

O que les conceda la gracia del Santo Bautismo antes de expirar.

O que regale á sus corazones las disposiciones necesarias equivalentes al Bautismo de deseo.

¡Una oración para los pobres negros agonizantes!

En la hora de vuestra agonía Dios os lo premiará.

CARTAS DE MISIONEROS

CHINA.—HUNAN SEPTENTRIONAL

MISIONES AGUSTINIANAS

Son una prueba del consolador despertar del pueblo chino, los detalles que nos comunica la siguiente carta que el celoso misionero agustino P. Gerardo Herrero, escribe desde el Hunán á su primo el R. P. Mariano Rodrigo, religioso de la misma Orden.

Dos palabras acerca del estado de las Misiones del Hunan Septentrional

EN ellas, á Dios gracias, las pagodas van quedando desiertas de sus divinidades. Los mismos que antes doblaban la rodilla y quemaban pebetes ante los ídolos, en la actualidad convierten á los dioscellos en pebetes, ó los reducen á polvo con un placer que sólo viéndolo se cree. Y conste que para algunos tan inesperado acontecimiento ha sido la ocasión de que se ha valido la Providencia para atraerlos al camino de la verdad. Muchos, en vista del poquísimo caso que se hace de los ídolos, hanse inscrito en las filas del Cristianismo, convencidos de la falsedad de la doctrina que venían patrocinando hasta el presente. En el punto donde he dado principio á esta epístola, Semeitien, estamos palpando esta consoladora realidad. Semeitien es una Misión antigua, la primera de nuestro Vicariato, en la cual han trabajado nuestros hermanos, durante más de treinta años, con verdadero celo apostólico por la conversión de estos infelices, no obteniendo el fruto apetecido, porque Lucifer, padre de la mentira, los tiene embaucados con los ídolos y otras engañosas propias de las supersticiones chinas.

Pero ahora comienza á notarse en muchos de estos montesinos verdadera simpatía y cariño á nuestra Santa Religión, abrazada por muchos con fervor y entusiasmo edificantes. Lo dicho de esta Misión puede decirse de otras muchas.

En estos dos últimos meses he tenido el grandísimo consuelo de alistar cerca de cincuenta en el gremio de los catecúmenos, cifra extraordinaria en una Misión que, como ésta, ha sido tan estéril hasta hoy.

Nuestro señor Obispo el Ilmo. P. Juvencio Hospital

Año XXI.—Núm. 407

ha recibido muy buenas impresiones en la Visita Pastoral que está girando. Concretándome á las impresiones recogidas en Semen y demás cristiandades sujetas á mi jurisdicción, las cuales darán idea de la incipiente prosperidad de esta Misión, la segunda del Vicariato por orden de antigüedad. Por lo que hace al pasado, puede decirse de esta Misión lo mismo que de la de Semen, á saber, que ha sido una viña ingratisima hasta ahora. ¿Qué misionero de los antiguos no trabajó en Semen? ¡Cuántos sacrificios se impusieron, y qué de molestias padecieron todos! Pues bien, los que no hemos padecido nada, los que no hemos sembrado, venimos á recoger el fruto, y claro está que, como el mérito no es nuestro, podemos hablar sin temor de que se nos aplique el dicho de *laus in ore proprio*... y sin el peligro de la vanagloria. La semilla, lo mismo aquí que en Tchaokose, Semeitien, etc., la puso Dios Nuestro Señor; nuestros antepasados cuidaron de que brotase lozana, y yo recojo los frutos que tardaron en madurar treinta años... Y me parece que es llegada la hora de que empiece á hablar de la Visita Pastoral, que duró casi un mes.

Con sólo dos días de anticipación tuvieron noticias mis cristianos de la llegada del señor Obispo, y en ese poquísimo tiempo prepararon con una actividad pasmosa todo lo necesario para hacerle un recibimiento solemne. Telas, faroles, banderas, colgaduras, inscripciones, arcos de ramaje, adornos de la iglesia, todo cuanto se estila en tales casos fué puesto en juego por estos chinitos, que valen un dineral. ¡Con qué agilidad se movían! ¡Cuánto derroche de entusiasmo! Yo estaba admirado y los contemplaba con cierta complacencia, imposible de disimular, y que ellos interpretaron como un aplauso, y realmente se lo merecían.

A las cinco de la tarde del 23 de Abril, presidida por el P. Ceseral, que iba en litera, salió una comisión de cristianos á esperar al señor Obispo, á la que seguían cuatro jinetes, dos cornetas de la milicia urbana, doce soldados del Prefecto y del Juez vestidos de gala, los portadores de cohetes, *reventadores* y bombas (to-

20 de Noviembre de 1913

do ello imprescindible en funciones de este jaez), y un numeroso grupo de cristianos y catecúmenos. Una nutrida salva de bombas y petardos nos anuncia la próxima llegada de la litera episcopal, y calculamos que aún distaría un kilómetro de la ciudad. Salí á dar un vistazo á la iluminación y demás preparativos, y, ¡oh sorpresa!, de buenas á primeras me encuentro con una multitud apiñadísima que se agolpaba en la calle de la iglesia ansiosa de ver al señor Obispo.

Como el estampido de las bombas se iba haciendo cada vez más claro y perceptible, entré en el templo para revestirme con los ornamentos sagrados, y, acompañado de los acólitos, me coloqué á la puerta de la iglesia para recibir en ella al ángel de la paz que el Señor nos envía. Llega, por fin, la comitiva formando dos filas, y penetra en el sagrado recinto. Entonces varios soldados que izaban banderas de los diversos centros mercantiles y escolares de la ciudad, clavan el asta en tierra, hacen retroceder á la multitud, y dejan paso libre á la litera episcopal. Nuestro Prelado descendió de ella á la puerta de la iglesia, y mis cristianos al verle por vez primera después de una orfandad de tres años, le piden la bendición, y llevados del entusiasmo, contento y alegría de que rebosan sus corazones, olvidados de que están en el templo, y como movidos por un mismo resorte, exclaman: ¡*Tchiu Kiao!* ¡*Tchiu Kiao!* ¡nuestro Obispo! ¡nuestro Obispo! Fué esta una escena conmovedora, de esas que arrancan copiosas lágrimas, enternecen el corazón, y dejan en el alma gratísimos recuerdos. Nuestro amantísimo Prelado los bendijo emocionado y con singular muestra de cariño; luego oró breves momentos ante el Santo Sacramento, los volvió á bendecir de nuevo, terminando el acto con el besamanos de rúbrica.

Como en la casa de Dios todo había terminado por aquel día, nos encaminamos á la casa parroquial; pero, como el gentío que invadía la calle era muy numeroso, el señor Obispo tuvo sobrado tiempo para contemplar despacio aquellas obras verdaderamente artísticas; y claro está que no escatimó sus elogios á los cristianos, ni dejó de ponderar el buen gusto que habían tenido en los adornos, y, dándoles las gracias por el cariño y respeto que con ello manifestaban, los exhortó á que en los días sucesivos asistiesen todos á la catequesis. ¡Cómo agradecieron tales elogios, y con cuánta alegría los comentaban después, repitiendo las mismas palabras del señor Obispo!

Desde el día de la llegada de nuestro Prelado hasta el 26, cristianos y nosotros lo pasamos preparándonos para celebrar con toda solemnidad la fiesta de Nuestra Señora del Buen Consejo, Titular y Patrona de esta iglesia, y en preparar debidamente á los catecúmenos para recibir el Santo Bautismo. ¡Qué impresiones tan deliciosas y agradables para mí las de aquel día! Al romper el alba ya estaban en la iglesia los bautizandos acompañados de sus respectivos padrinos. Dije la Misa que oyeron todos con edificante recogimiento, y á continuación de ella bauticé á cinco adultos y á una jovencita; faena sagrada en la que me ayudó el P. Laureano Neville. Después el señor Obispo celebró el santo sacrificio de la Misa y dió la Comunión á cien personas. Luego hubo Misa cantada en la que ofició de Preste el P. Bartolomé

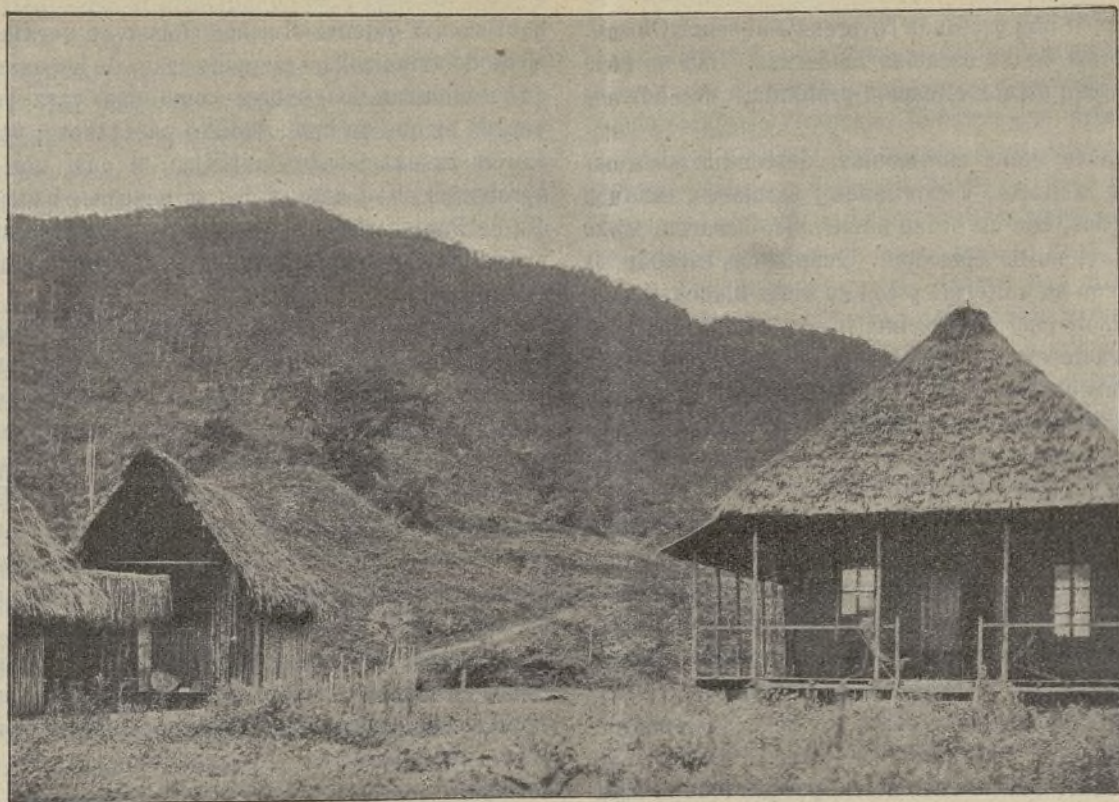
Fernández con asistencia del señor Obispo. Dos días antes había pedido al Prefecto de la ciudad, muy amigo nuestro, el armonio que tocó el P. Ceral, é hicieron de cantores el P. Laureano y yo. Nada de misas de Gorríti, Eslava, Ladesma, ni Perosi, una misa sencillísima, la de quinto tono de Santisteban, cantada lo mejor que se pudo, más el himno de Nuestra Señora del Buen Consejo; todo esto constituyó nuestro escogido repertorio, y eran de ver mis cristianos más alegres que unas castañuelas. ¡Cuándo se habían visto en otra, ni oído cantar como los de ese día! En opinión de ellos la Misa estuvo sublime, el organista y los cantores inspiradísimos, y todo el mundo contento y satisfecho, y más que ninguno yo. Así se concibe que estuviera tan acertado en la plática que les dirigí por mandato del señor Obispo, cosa bastante dificultosa teniéndola que hacer en chino. Al final de la Misa administró el señor Obispo el sacramento de la Confirmación, y á las once y media se dieron por terminadas las tareas de este día, durante el cual se alistaron bastantes en la Cofradía de la «Pía Unión» que tenemos establecida en este distrito, y, por no tener escapularios de Nuestra Señora del Buen Consejo, no pudimos imponerlos á los muchos que los solicitaban.

Al día siguiente de la fiesta visitó el señor Obispo, acompañado de mí, al Prefecto y al Juez de esta ciudad. Uno y otro estuvieron deferentísimos, y agradecieron mucho la visita, obsequiándonos con un refresco, todo ello, por supuesto, en honor del señor Obispo; y sabe, lector, que eso del refresco es una ceremonia muy honrosa para el visitante. El Prefecto y el Juez encajaron el buen comportamiento de los cristianos con frases muy laudatorias, y se ofrecieron á ayudar y proteger á la Iglesia Católica en cuanto de ellos dependiera. Aquel mismo día devolvieron los dos citados señores la visita al señor Obispo, y se repitieron los ofrecimientos hechos en la anterior, congratulándose mucho de nuestras relaciones amistosas. ¡Siempre finos y obsequiosos estos chinos!

Transcurridos unos cuantos días, visitamos la antigua iglesia de Semen. ¡Qué de recuerdos evoca aquella ruinoso y solariega casa! Si las piedras hablasen, ¡cuántas cosas nos dirían de la paciencia heroica, de la resignación á toda prueba, de las rudas persecuciones que padecieron allí nuestros hermanos! Veremos si puedo reunir algunas *chapecas*, imprescindibles para restaurarla, que bien vale la pena de restaurarse. Hay allí, al presente, una escuela de cristianos que cuenta con dieciocho escolares, y promete mucho; y como, por otra parte, se trata de un lugar retirado, cómodo y bonito, realizada la restauración de la casa, vendría á ser ésta un casi-monumento al cual mirarían con gusto y edificación nuestros sucesores.

Tchao-Kose ó «Villa de la Acacia»

El 8 de Mayo fuí acompañando al señor Obispo hasta «la estación» de Tchao-Kose, villa que dista de Semen cuatro leguas. Tchao Kose forma parte de nuestras Misiones desde hace unos siete ú ocho años, en que el Padre José (q. s. g. h.) arrendó allí una casa de poco fuste, y puso al cuidado de ella á un viejecito, cristiano,



NUEVA GUINEA INGLESA.—Vista tomada de la Misión católica desde la meseta de Popoli-Labao.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Gaspar

de los tres ó cuatro que había por aquel entonces en aquellos contornos. A nuestra llegada se presentó alguno que otro catecúmeno, más bien llevado de la curiosidad que de verdaderos deseos de abrazar nuestra santa fe.

Durante el tiempo en que el M. R. P. Benito González regentó la Misión de Semen, estuvo al cuidado de Tchao-Kose, un cristiano que entendía algo de letras, comenzando por entonces el movimiento religioso, que, con varias alternativas de adelanto y retroceso, ha ido desarrollándose mientras estuvo en Semen el citado P. Benito, y su sucesor, el R. P. Hipólito Martínez. Sin temor á que nadie me desmienta puedo asegurarte que el verdadero incremento religioso notado en Tchao-Kose, data desde el advenimiento de la República en China. Cuando aquélla estaba aún en pañales, vino nuestro actual Vicario Provincial de visita á Semen y á Tchao-Kose. Por ser esta última villa un punto céntrico, y contar con unos ochenta cristianos (esto hará comprender la meritísima labor evangélica llevada á cabo por los Padres arriba citados), á los cuales había que atender, así como también á otros tantos que residían á legua y media de Tchao-Kose, nuestro Padre Vicario se decidió á comprar terreno para edificar; pero no hubo necesidad de llegar ahí. El Señor nos deparó una casita, propiedad de los apellidados Fu, numerosos en esta villa. Temíamos, y no sin razón, que pidiesen demasiado, porque antes que nosotros los protestantes habían tratado de adquirirla, y no lo lograron, debido á que les pedían cantidades verdaderamente fabulosas. A nosotros nos la dieron por trescientos pesos, casi regalada, á juicio de nuestro Obispo.

El recibimiento que nos hicieron en esta villa fué

muy solemne. A legua y media salieron á esperarnos algunos pirotécnicos acompañados de varios cristianos que llevaban cuatro banderas hechas *ad hoc*. En una de ellas se leía en caracteres chinos: *La escuela de la Conversión espera al señor Obispo*, y en otra: *Los cristianos de Tchao-Kose y cercanías, en honor de su Prelado*.

Al divisar los pirotécnicos la litera episcopal hicieron el correspondiente saludo, disparando quince voladores, cuyo estampido resonó en todos los valles inmediatos, por efecto de lo cual, á la gente que nos seguía se agregaron muchos curiosos, por los que supe que media legua más adelante nos esperaban los escolares, muchos cristianos y no pocos catecúmenos. El lugar á que me refiero es una planicie fertilísima y muy extensa, así que desde una respetable distancia, próxima á dos kilómetros, pudimos ver una considerable multitud situada en el punto de espera, que llevaban también sus banderas y otras insignias del Municipio. Para mí resultaba de todo punto imposible apartar la vista de aquel compacto grupo, y al llegar á él, y ver las dos filas que formaban los escolares, vestidos con sus uniformes, y la comisión de cristianos, provisto cada uno de su banda, y oír el ruido ensordecedor de los cohetes, el entusiasmo que de mí se apoderó fué grande, de esos que forman época en la vida del hombre.

Al llegar al grupo, el primer Maestro de la escuela de la «Conversión» se acerca á nosotros, saluda reverentemente al señor Obispo y manda parar á los del palanquín. Acto continuo los cincuenta y seis discípulos, de dos en dos y marcando el paso, vienen hacia donde estábamos, cantando el *himno-saludo*. A una voz del segundo Maestro se detienen, descubren la ca-

beza, y hacen una profunda reverencia al señor Obispo, según rúbrica de las escuelas modernas. Dan un paso atrás, y hacen otra inclinación profunda, que ahora es para mí.

Terminadas estas ceremonias, descendió el señor Obispo de la litera, y cristianos y escolares, también de dos en dos, con un orden admirable, besaron, *more cristiano*, el anillo episcopal. Guapísimos estaban los escolares con su uniforme y con su cinta blanca, ó banda terciada de casi un decímetro de ancho, donde se leía en caracteres chinos: *Obviam nostro Episcopo*.

No es posible imaginar el gentío que allí se reunió. Cristianos serían unos doscientos, y pasarían de mil los paganos, y aquéllos y éstos tuvieron frases de respeto y veneración para nuestro Obispo.

Por entre aquella compacta muchedumbre desfilamos nosotros, precedidos de los escolares, y éstos de las banderas y demás insignias mencionadas. Los pirotécnicos con sus cohetes y reventadores puestos en larguísimas cañas, hacían un ruido atronador, circunstancia (la del ruido) muy estimable y significativa, y que da más realce á las fiestas de cualquier clase que sean: cívicas, religiosas, alegres, tristes, etc., siempre ruido y mucho ruido, cuanto más mejor, porque todo el mundo se da cuenta de lo que pasa.

Así llegamos á la villa, casi al anochecer, hora oportunísima para poder contemplar bien la iluminación preparada en la calle de la iglesia, donde esperaban algunos cristianos para unirse á la comitiva, y todos juntos penetramos en la casa del Señor.

Yo traté de tomar algunas precauciones para evitar que entrasen los paganos en el sagrado recinto, pero todas resultaron inútiles. Dicho sea en honra de los paganos: estuvieron muy formales, y, cuando el señor Obispo iba á dar la bendición, bastó una señal mía para que todos guardasen profundísimo respeto.

El señor Obispo quedó prendado de mis escolares, y está satisfechísimo de esta escuela, «una de las mejores de todo el Vicariato,» como le he oído repetir varias veces.

Está construída, dicha escuela, á la moderna, y cumple con las exigencias de la época en que vivimos; y para que mis apreciaciones sean justas, mídele todo por el rasero de nuestros pobrísimos recursos, y de la buena voluntad de no pocos cristianos de aquí, y así quedarán las cosas en su debido lugar.

La floreciente escuela Tchao-Kose, de reciente fundación, cuenta hoy con dos maestros, y los dos bautizados. El primero, Jerónimo, está graduado en las escuelas modernas, y el segundo tiene patente del Prefecto para explicar. Sus discípulos llegan á la consoladora cifra de sesenta. De ellos, cuarenta son cristianos, y los veinte restantes, con la educación que reciben en la escuela, no tardarán mucho á serlo, y lo mismo ocurrirá á sus padres.

Los escolares están divididos en dos secciones; en la sección de mayores se estudia literatura patria, aritmética, geografía, etc., y en la de menores los elementos de esas mismas asignaturas; pero, sobre todo, caracteres chinos: estudio y escritura de ellos.

Al día siguiente de nuestra llegada nos presentó el catequista Tomás Li trece catecúmenos aspirantes al

bautismo, á quienes el señor Obispo en persona examinó de doctrina con no pequeño susto de los examinados, que temblaban los pobres como una vara verde. La verdad es que no había motivo para tanto; porque hicieron un examen brillantísimo, el cual nos obligó á aprobarlos en el acto, y les prometimos bautizarlos el día de Pentecostés. La alegría recibida con esta buena nueva les hizo olvidarse del mal rato proporcionado por el examen.

La víspera de Pentecostés comenzaron á llegar cristianos (los hay á cuatro y cinco leguas de distancia), y desde las tres de la tarde hasta bien anochecido estuvimos el señor Obispo y yo sentados en el confesonario. El día de Pentecostés recibieron los trece adultos mencionados (hombres y mujeres) el Santo Bautismo con un fervor y un recogimiento edificante. La concurrencia era numerosa, apenas había lugar para arrodillarse, pues no bajaría de cuatrocientos el número de los asistentes, quienes oyeron las dos Misas, rezaron las preces de rodillas, y comulgarían más de cien cristianos, y recibieron la Confirmación unos sesenta. A causa de lo lluvioso del tiempo no pudieron ser confirmados otros bautizados, pero lo fueron en los días sucesivos.

Terminados los sagrados Oficios, antes de que la gente se dispersase, tuvo lugar la inauguración de la Sociedad poco ha fundada, y que lleva por título *La unión de acción católica*, que se trata de organizar en todo nuestro Vicariato en debida forma, y esperamos que, conseguido esto, ha de dar abundantes frutos. El señor Obispo, entusiasta decidido por todo lo que implique cultura, dirigió á todos la palabra, y compendió los ideales que la citada Sociedad persigue de este modo: «El fin de esta Sociedad, decía, no es otro sino ayudar al Misionero en la predicación del Evangelio, fomentar la unión entre todos nuestros cristianos; estrechar los vínculos de fraternidad mutua, y, como en la unión está la fuerza, crear y acumular fuerzas espirituales, que se conseguirán con la frecuencia de los Sacramentos y el ejercicio de las obras de misericordia, entre las cuales figuran la visita á los enfermos, el bautizar en peligro de muerte á los hijos de los paganos, y contribuir con una cuota, según los recursos de cada uno, para ayuda de las escuelas, fundación de cofradías y otras obras de piedad.»

Aquel día hubo nuevos alistamientos de paganos, que entran en la Sociedad dicha para irse enterando de la doctrina, y después pasar á la categoría de catecúmenos, y en los días siguientes tuvimos el consuelo de apuntar diez nuevas conversiones.

Nosotros dedicamos aquel tiempo á la explicación de la doctrina, organización de la Sociedad; y el señor Obispo redactó el Reglamento, y les explicó detalladamente el alcance de todo el articulado.

Para terminar la relación de Tchao-Kose sólo resta añadir que el señor Obispo quedó muy satisfecho de la Santa Visita que acaba de girar, y que en el pueblo, según hemos tenido ocasión de observarlo, se nota verdadero cariño al Misionero y gran simpatía por nuestra Religión, todo lo cual supone muchas pérdidas para los protestantes, que están desacreditados en esta villa.

Semeitien.—En el principio de esta epístola algo he dicho de esta antigua Misión que dista de Tchao-Kose dieciséis leguas, y es también jurisdicción de Semeitien. El 18 nos pusimos en marcha para Semeitien, á donde llegamos el segundo día de viaje, á las doce y media de la noche. Se había avisado de antemano que llegaríamos sin falta el 19, y cumplimos la promesa con rigurosa puntualidad. ¡Pero qué jornada más calamitosa! Aquellos *senderucos* ya de por sí pésimos, se pusieron intransitables el segundo día de nuestra jornada á causa de la lluvia; añade á esto la escasez é incomodidad de las posadas, los resbalones y tropiezos, por no contar las caídas que dimos; los escarpados vericuetos por que tuvimos que trepar completamente á oscuras, el cansancio y mal humor de los cargadores, las averías y achuchones de nuestro modestísimo equipaje, y comprenderán el alivio que experimentaríamos á nuestra llegada á Semeitien.

No obstante lo intempestivo de la hora, unos cristianos que habían salido gran trecho á recibirnos, nos esperaban aún reunidos en la Residencia. ¡Qué recibimiento más cariñoso y qué bonito á aquellas horas! Bien, bien nos hemos compensado esta semana en compañía de estos paupérrimos, pero buenísimos cristianos, de las molestias del viaje. Anteayer, ó sea el 25 de los corrientes, bautizamos cinco adultos y dos párvulos, y se confirmaron cincuenta personas. ¡También Semeitien quiere despertar del letargo por que ha pasado tantos años! Cinco adultos bautizados en un lugar como este es una novedad curiosa al par que alegre y consoladora.

Dentro de unos días bajaremos á Tschamping, pueblo que dista de aquí unas ocho leguas. Desgraciadamente poco bueno podría contar de esta antigua é ingratisima Misión, que, después de tantos años de cultivo, sólo ha producido algunos agraces. Así que hago punto final, y cierro aquí la reseña de la Visita Pastoral á mi distrito de Semen.

Pidan mis lectores al dulcísimo Corazón de Jesús que nos conceda largos días de paz para bien de nuestras Misiones.

KOUI-IANG (CHINA)

Misión necesitada

Recomendamos á nuestros lectores la siguiente carta de un misionero francés, que tiende la mano á los católicos españoles, pidiéndoles una parte siquiera del dinero que le precisa para el desarrollo de sus obras apostólicas.

Soy un misionero católico francés de las Misiones extranjerías de París, perdido en el fondo de Kouitcheun, la provincia más pobre del Imperio chino. Escribo sin conocerle; pero lo hago para mayor gloria de Dios y salvación de nuestros pobres chinos. A pesar de la Revolución, y quien sabe si quizás como consecuencia de ella (pues los planes de la Providencia son insondables), gran número de paganos han venido á rogarnos les instruyéramos en nuestra Santa Religión; por lo que muchas de nuestras cristiandades han aumentado el número de sus catecúmenos y en especial la de Long-Schang ó «Mercado del dragón», que dista

40 leguas de mi residencia principal. Long Schang, es uno de los mercados mayores de la región. Este año los cristianos de esta gran población han venido á pedirme fuera á instalarme en ella y construyera residencia, oratorio y escuela. Confieso que este proyecto me halaga, porque Long-Schang es un centro alrededor del cual hasta una distancia de diez á doce kilómetros (20 leguas chinas), radican la mayor parte de nuestras poblaciones cristianas ó catecúmenos. Para disponerlo bien sería necesario: una residencia para el misionero, un oratorio, una farmacia ó dispensario y dos escuelas para los niños y las niñas. Seis ó siete mil francos serían suficientes para comprar el terreno y construir los edificios necesarios; pero mi bolsa está vacía, completamente vacía.

Me he dirigido á Monseñor Vicario Apostólico, y me respondió con palabras de aliento, pero debido á las cargas actuales de la Misión, no pudo prometerme la menor ayuda, y me aconsejó que me dirigiera á mis cristianos, y en último extremo á las almas caritativas del extranjero. ¡Dirigirme á mis cristianos! Lo he hecho por desquite de conciencia; he iniciado una suscripción, pero sin esperanza, y no me engañé, la cantidad suscrita no alcanza ni para comprar el terreno. El año pasado, por exceso de lluvias, las cosechas de arroz y maíz fueron malas; los cereales son la base de la alimentación en nuestras regiones; en poco tiempo han alcanzado precios exorbitantes, por lo cual muchas de estas pobres gentes deben contentarse con raíces que arrancan por las montañas. En primavera todo el mundo plantó opio con perjuicio de otros cultivos de gran necesidad. La cosecha se auguraba magnífica y prometía venderse á buen precio, pues los opimanos lo sacrifican todo para satisfacer su pasión. Pero he aquí que una orden del Gobierno, que no puedo sino aprobar, ha venido á echárselo todo á perder. *Se prohíbe plantar opio; se manda destruir el plantado.*

En seguida satélites y soldados, hez del pueblo, todo gente de rompe y rasga, se esparció por los campos previendo lo que pasaría. Con esta brutalidad que les caracteriza, para con los débiles é indefensos, han ejecutado las órdenes gubernamentales. Padres en su mayoría de numerosa familia, los cultivadores cifraban todas sus esperanzas en esta cosecha; destruirla era el hambre con todo su cortejo de miserias. Fácil es, pues, adivinar que esta medida del Gobierno, que han hecho más impopular las crueldades de la soldadesca, no ha sido aceptada con gusto. Pero contra la fuerza no hay resistencia. A tan grave pérdida sumóse una enfermedad que diezmó las especies bovina y de cerdo, un aumento notable de impuestos y un empréstito forzoso. La manera, china de veras, de cubrir este empréstito, fué obligar á cuantos poseían bienes territoriales, á entregar una cantidad determinada que debían cobrar los mandarines. A estos señores les resultó más cómodo confiar el cobro á sus delegados, y nacieron de ello nuevas exacciones. Conozco localidades que debiendo pagar mil piastras al Tesoro, han tenido que desembolsar tres y cuatro mil, y el pueblo se desespera. La seguridad de las carreteras y campos está seriamente comprometida, porque muchos pordioseros

se han convertido en bandidos. El hambre es mal consejera y la audacia de estas gentes llega hasta atacar los barrios más populares y mejor defendidos, y la policía es impotente para garantizar el orden y la seguridad pública.

En estas condiciones pedirles para iglesia y escuela es pedirles un imposible. ¡Si no tienen para comer!

Me veo, pues, obligado á seguir el segundo consejo de su Ilustrísima; es decir, hacer conocer por todas partes nuestras necesidades y tender la mano á las almas caritativas. Lleno de esperanzas me atrevo á pedir á los buenos católicos españoles.

¡Ojalá me viniera de España una parte siquiera del dinero que me hace falta para arrancar á la idolatría, la porción escogida de este pueblo que vuelve los ojos hacia la Cruz santa, sediente de fe!

J. CHAMPEYROS,
Misionero católico

Koui Yong fou-Koui Teheu.

NOTICIAS VARIAS

Marruecos

Estadística comercial de sus principales puertos.—Exceptuando el comercio hecho por vía terrestre con Argelia, el total del tráfico de los ocho puertos marroquíes abiertos al comercio europeo ha sido en 1912 de 200.363,620 francos, de los cuales corresponden á la importación, 134.309,264, y á la exportación, 66.054,356.

Si se comparan estas cantidades con las de 1911, se nota un aumento del comercio en general de 54.251,659 francos, ó sea más de una tercera parte del comercio total de 1911. (Francos 146.111,961).

Las importaciones casi han sido dobles en 1912 que en el año anterior, pues mientras en 1911 fueron de francos 77.916,716, en 1912 llegaron á 134.309,264 francos, ó sea una diferencia de 56.392,548 francos.

En cambio, las exportaciones han sufrido una disminución de 2.140, 889 francos, pues en 1912 han sido de francos 66.054,477, mientras que en 1911 se elevaron á 68.195,356.

En lo que se refiere á Tánger, se nota en 1912 un aumento de su comercio en general sobre el año anterior de francos 9.582,742, pues mientras en dicho año la suma era de 21.993,744 francos, en 1912 ha sido de francos 31.576,486, suma que resulta todavía más importante, sabiendo que el comercio de exportación de Tánger en 1912 (6.150,858 francos), ha sido inferior en 3.015,984 francos al de 1911 (9.166,842 francos).

Africa española

La electricidad en Marruecos.—Han empezado con gran actividad las obras de las nuevas fábricas de electricidad que han de suministrar luz y fuerza en Tetuán y Larache.

Estas obras son ejecutadas por cuenta de un grupo de capitalistas españoles, que están dispuestos con su dinero y sus iniciativas á que no haya más que empresas españolas en la zona de nuestro protectorado.

Madagascar.

Progresos del Catolicismo.—A pesar de la persecución de que ha sido víctima el Catolicismo en la isla de Madagascar, son grandes los progresos que allí ha hecho, de algún tiempo á esta parte, hasta el punto de haberse tenido que crear nuevos Vicariatos Apostólicos, que antes eran sólo dos y ahora son cinco, lo cual demuestra que la población católica se ha duplicado en el breve espacio de dos años.

Los cinco Vicariatos llevan los nombres de Diego-Suárez, Tananarive, Fianarantsoa, Fuerte-Delfin y Betafo. En la actualidad ascienden á 700,000 el número de católicos de aquella importante isla.

Panamá

Apertura del Canal.—El día 10 de Agosto por la mañana se efectuó la fusión de las aguas de los dos océanos, Atlántico y Pacífico, por medio de la voladura del dique de Balboa que los separaba.

El presidente de los Estados Unidos, Mr. Wilson, desde su despacho presidencial de Washington, fué quien produjo la voladura. Al efecto se había dispuesto un hilo metálico desde el referido despacho hasta el dique (á unos 3,000 kilómetros de distancia), destinado á transmitir la chispa eléctrica que originase la explosión de la dinamita, de la cual había 40 toneladas distribuidas en 1,277 cargas. Tembló la tierra de todo el istmo, y al ver que las aguas se unían, sonaron las sirenas en muchos puertos, fueron echadas á vuelo las campanas de muchas ciudades, y estallaron en aclamaciones delirantes los millares de personas que presenciaron este trascendental acontecimiento. Mientras las dragas de vapor limpian la nueva vía marítima y se prepara el paso de los primeros barcos, el júbilo en Panamá y en los Estados Unidos es inmenso.

China

Datos biográficos de Juan-Che-Kai, primer Presidente de la República.—Juan Che-Kai es joven, aún no ha cumplido cincuenta años. Es un chino puro: nació en una de las provincias del Centro,—la verdadera China—entre los dos caudalosos ríos que dan vida al país. No es un literato, es un soldado.

Durante los desórdenes del Chan-Tong, en 1895, demostró tales cualidades de energía y hábil paciencia que le valieron el título de virrey. El dió á la China, herida por la guerra contra el Japón, los primeros armamentos modernos. Triunfante la revolución, intrigas de ambiciosos le arrebataron el poder. En 1908, aún no cumplidos dos años de su caída, fué nombrado miembro del Consejo supremo y presidente del Consejo de relaciones interiores, títulos que le dieron una autoridad casi igual á la que ejerciera durante cinco años.

Causas y consecuencias de la última revolución.—Esta última revolución, á pesar de sus esfuerzos, no ha conseguido nada, y esto por varias causas: primero, porque el pueblo sensato, el comercio, no quería revolución; segundo, porque todo era obra de los japoneses que explotaban la ambición de los estudiantes soberbios que han estudiado en el Japón, de donde vuelven antipatriotas y malos en todo. A éstos les adularon ayudándoles con su dirección y dinero, dando para la revolución de Shan-ghai y Kiang-si diez millones de tael (un tael vale próximamente tres francos y medio), y para la revolución del Hu-nan quince millones, cogiendo en hipoteca las minas y ferrocarriles de la Provincia de Hu-nan; todo esto se ha descubierto ahora en esta tierra donde no se conoce el secreto, y todo se ha publicado á los cuatro vientos. En resumen, después de una lucha desgraciada para la revolución, verdadero fracaso y vergüenza para el Japón y los suyos, la China oficial se levanta más fuerte y con más unidad; de modo que en general se puede decir que ha sido un bien nacional. El ejército, que antes era de las Provincias, ahora depende del Gobierno central de Pekín. Se espera, pues, que esto tomará poco á poco buena marcha; pero la China es muy grande y las dificultades muchas, y como chinos lo han de hacer á lo chino, sin prisa ninguna.



ISLAS SALOMON (OCEANÍA).—*Habitantes del Meliódia del Archipiélago. El R. P. Raucaz y varios indígenas*
Reproducción directa de fotografía

CRÓNICA MENSUAL DE LAS MISIONES ESPAÑOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

POR EL RDO. P. MARCOS AJURIA, MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA



La devoción del Inmaculado Corazón de María va echando muy hondas raíces en la Colonia, gracias á la propaganda que de ella hacen, como buenos Hijos, los Misioneros. Está ya establecida la Archicofradía del Inmaculado Corazón en Santa Isabel, Banapá, Zaragoza y Rebola, y en vías de inaugurarse en otros puntos de la Colonia. También se ha instalado

la piadosa Asociación de Infantes del Corazón de María en Basilé, Santa Isabel y Zaragoza.

No es, pues, de extrañar que la fiesta del Corazón de María sea ya en la Colonia una de las más populares y que con más fervor y entusiasmo celebran los morenitos que se glorían de ser cristianos.

Mucho pudiera decir acerca de la hermosa fiesta que se celebró el 24 del pasado, así en los siete centros de Misión de esta feracísima Isla de Fernando Póo, como en las islas de Elobey, Corisco y Annobón y en las Misiones continentales de Río Benito y Cabo San Juan.

Únicamente haré mención de tres.

En Santa Isabel dicha fiesta revistió la particularidad de restablecerse la Archicofradía del Corazón de María, que si bien en 1883 había sido canónicamente erigida por nuestro primer Prefecto Apostólico, el impertérrito y Rdmo. P. Ciriaco Ramírez, no daba señal alguna de vida. Para dicho importante acto y para la fiesta, preparáronse los fieles con solemne Novena, en que se les predicó diariamente.

El día de la fiesta hubo Misa de Comunión general, á las seis; á las ocho y media, gran Misa de medio pontifical con sermón, por el Ilmo. Vicario Apostólico. En la función de la tarde, terminado el último acto de la solemne Novena, un Padre Misionero explicó á los fieles lo que es la Archicofradía, sus excelencias y ventajas, convidando á los fieles á que ingresaran en esta Arca salvadora, para librarse de la deshecha tempestad del mundo.

Resultado, que la Archicofradía quedó organizada en dieciséis coros de quince archicofrades. Quedó también nombrada y aprobada por el Ilmo. Prelado la Junta directora de la Archicofradía.

En Banapá resultó asimismo espléndida la fiesta del virginal Corazón, con numerosísima Comunión general, Misa cantada, panegírico, música, etc. Dicha Misión cuida de la cristiandad de la Virgen del Pilar, sita entre los bubis del distrito de Zaragoza, y aquí fué donde tuvo lugar hermosísima fiesta en la octava de la indicada festividad.

El 25 empezaron los preparativos para la primera Comunión de cincuenta niños, á quienes se dieron Ejercicios espirituales. El Misionero aprovechó tan favorable ocasión para dar instrucciones acomodadas á los adultos, de los que muchos asistían. Lo más digno de atención, y es uno de los principales frutos de la Archicofradía, es que los mismos archicofrades dieron la instrucción necesaria á los que se preparaban para el bautismo como para la primera Comunión. Algunos de ellos, hechos unos verdaderos catequistas, durante varias semanas dedicaron horas enteras cada día á ense-

ñar el Catecismo á niños y niñas. Merece especial mención el casado Manuel Omele, que gustoso abandonó las faenas de su propia finca para dedicarse á la hermosa tarea de la catequesis. De la víspera de la gran fiesta, dejados los demás preparativos inmediatos, sólo diremos que el Misionero pasó largas horas en el confesonario. El gran día empezó con 17 bautismos á párvulos y adultos. El acto de acercarse por vez primera al Convite celestial 50 angelitos, seguidos de numerosos fieles, resulta inenarrable. Durante la Misa de Comunión llegó el Ilmo. Padre Vicario Apostólico, que realzó la fiesta con su venerable presencia. Su Ilustrísima confirió el sacramento de la Confirmación á los recién bautizados y á otros muchos.

Para la tarde se tenía proyectada una bonita procesión que fué impedida por la lluvia que sobrevino.

El Rdo. P. Albanell, impresionó varias placas fotográficas.

La fiesta del Corazón de María en Basile, merece también que le dediquemos unas líneas. Al empezar la Novena estaba ya nuestro esbelto templo artísticamente decorado con abundancia de flores y follajes naturales y artificiales. De las bóvedas del templo pendían sus vistosas arañas fabricadas con materiales del país, hábilmente combinados, las cuales daban suma gracia al sagrado recinto, lo mismo que las palmeras que cubrían las columnas y una cadena de hojas y flores naturales, que descansando en las columnas rodeaba el templo. Nada diré de la iluminación del altar, á la que todo el mundo quiso contribuir. Cada día se cantaba la Letanía Lauretana, después del Rosario, inmediatamente antes del ejercicio de la Novena. Diariamente hubo sermón, la cual tarea compartieron tres Padres Misioneros, ansiosos de pregonar las grandezas del Corazón de su Madre. A las cuatro de la tarde de la víspera, formaban semicírculo á la entrada de la iglesia doce jóvenes educandos que respiraban fervor y alegría. Hacia las cinco las campanas anunciaban al público que el agua regeneradora había caído sobre la cabeza de los afortunados jóvenes que de esclavos de Satanás quedaban transformados en hijos del Altísimo é hijos también de la gran Madre de Dios, que los admitía á participar de los tesoros encerrados en su Purísimo Corazón. A última hora de la tarde hubo gran afluencia de forasteros, de modo que aquella noche se albergaban en Basile más cristianos de fuera que los que de ordinario vivimos en el poblado. Esto nos proporcionó á los Padres largos ratos de confesonario. Al salir del acto de la Novena, ilumináronse los edificios de la Misión y de las Rdas. Madres, y mientras las campanas lanzaban al aire sus alegres voces, los concurrentes prorrumpieron en vivas y vítores y otras sencillas explosiones de entusiasmo.

Lo que nosotros no acertamos á describir con nuestra tosca pluma es el brillante y conmovedor acto que tuvo lugar en nuestra iglesia al clarear el gran día de fiesta. Desde el altar mayor profusamente iluminado miraba sonriente la bellísima imagen del Corazón de María rodeada de un nimbo de luz. El ministro de Dios daba principio al sacrosanto sacrificio de la Misa. Vestidos de uniforme, con el tradicional lazo en el brazo y cirio encendido en la mano, rodeaban el altar los doce

jóvenes recién bautizados, más algunos otros, que iban por vez primera á abrir su corazón para dar entrada á Jesús Sacramentado. A continuación llenaban los bancos las alumnas del Colegio de las Madres, vistiendo todas vistoso uniforme blanco azulado ceñido á la cintura con faja azul. Entre ellas descollaban dieciocho niñas cuyos cándidos atavíos é insignias y su actitud humilde y reverente daban bien á entender que iban al encuentro de su Divino Esposo Sacramentado, que iba á establecer su morada en sus limpios corazones. El resto de la iglesia cuajado de fieles venidos de lejos, ansiosos de tomar parte en el banquete eucarístico en tan señalado día. Un Misionero en el púlpito dirigiendo fervorines á los concurrentes. Los Infantes del Corazón de María en el coro entonando piadosos motetes al Santísimo Sacramento. No queremos decir nada del sublime acto de la Comunión, porque nos reconocemos incapaces de bosquejarlo. Estos son algunos de los rasgos más salientes de la hermosa función matutina. Que todo esto sucediera en España, no tendría mucho de extraordinario; pero tales acontecimientos en medio del Africa, en donde todavía se está sembrando la Religión, dejan profunda huella en la memoria y Corazón de quienes podemos presenciarlos.

A las ocho y media se llenaba de nuevo el templo, ostentando la inmensa mayoría el escapulario del Corazón de María, unos como Infantes, otros como archicofrades, y todos como devotos. Se cantó la Misa «de Angelis», alternando los Infantes con el numeroso público. El P. Perera pronunció magistral panegírico del dulce objeto de nuestros cultos.

Terminada la Misa, se leyó desde el púlpito el acto de consagración, y seguidamente salió la procesión, que sin peligro de exagerar podemos calificar de lucidísima, así por el número de fieles, como por los uniformes de los Colegios, sobre todo el de las Religiosas, como por las insignias y distintivos, como por la linda imagen del Corazón de María, traída expresamente de nuestra reducción de Montserrat de Rebola, cuyos archicofrades la llevaban en andas cuajadas de flores.

De vuelta en la iglesia, tuvo lugar el tierno acto de besamanos, en el que hubiéramos deseado repartir algún regalito; pero no fué posible por carecer de ello. Merece consignarse una nota curiosa. Una niñita de Rebola, de unos cinco años, después de besar á la Virgen, se plantó muy formal delante del Preste revestido con capa pluvial, y le dice en alta voz: «Pateri, pan,» quiere decir: Padre, pan. Nos hizo mucha gracia aquella petición tan original hecha con tanta sencillez y candor por la inocente criatura, y aun estuvimos tentados de risa, aunque hubimos de disimular. Allí se hubiera estado esperando el pan, si el acólito no le hubiera dicho al oído que se fuera. Como ellos no comen de ordinario el pan, lo tienen por cosa extraordinaria.

Por la tarde se dió solemne fin á la Novena. Dios nos favoreció con un día espléndido, á pesar de estar en plenas lluvias.

Quiera el sin par Corazón de María derramar sus bondades sobre esta raza negra, favoreciendo á los infieles con la conversión y á los cristianos con el don de la perseverancia.

Ya que hablo de esta pobre raza, quiero referir el viaje que hace pocos días hube de emprender desde esta Misión de Basilé, en cumplimiento de nuestro ministerio apostólico, y será un nuevo botón para que se comprendan mejor los trabajos del Misionero en estos bosques africanos.

Estamos en plenas lluvias, de modo que no hay día que no llueva torrencialmente. Caminos, ya saben mis lectores que por aquí no se conocen: senderillos tortuosos por entre bosques ó hierbazales, con enormes barrancadas á cada paso y sus correspondientes riachuelos. Por lo que se cansa uno menos en España andando á pie cinco horas, que aquí sólo una hora. Avisáronme, pues, que á hora y media de aquí se hallaba gravemente enfermo un niño de doce años, que no hace un año todavía era alumno de este Colegio, del que quiso salir por falta de constancia. Que esta es una de las dificultades que aquí tenemos, que cuando un colegial ó colegiala, con un ligero tinte de instrucción que ha logrado, desea abandonar el Colegio, sea por flojedad ó pereza, sea por alguna penitencia que por necesidad ha habido que imponerle, siempre benigna y paternal, sea por incitación de algún compañero ó por deseo de disfrutar de su nativa libertad ú holganza, hace lo que se le antoja, pues ningún obstáculo encuentra en su caso y familia para salir con su pueril pretensión, ya que sus padres, infieles todavía, no están bien penetrados de la necesidad de mayor instrucción.

Esto le sucedió al niño de quien hablo. Pero hizo Dios que en su pueblo le visitara la enfermedad, que fué minando poco á poco sus fuerzas. Quien conozca á estas gentes, no ignora que enfermedades insignificantes bastan para acabar con ellos, á causa del abandono en que dejan al pobre enfermo. Con poner á la cabeza del pobre doliente algunos plátanos, ó unas hierbas cocidas ó un plato de arroz seco, y alguna vez alguna medicina, ya les parece que hacen mucho. El enfermo, si quiere, toma aquello, y si no, lo deja, que es lo ordinario, pues se dejan vencer de la inapetencia. Pierde las fuerzas y en pocos días queda hecho un esqueleto. Esto debió suceder al niño de quien hablamos, que se fué acobardando y debilitando de tal manera, que llegó á las puertas de la muerte.

El pueblo bubí en que vivía dicho niño, llamado Joaquín, estará á hora y media de aquí hacia el Nordeste. El nombre del pueblo es Basapo. Quise salir para allá el lunes día 22; pero fué día tan lluvioso que parecía temerario emprender la marcha. Otro tanto sucedió el martes. Por fin el miércoles, temeroso de que llegaran tarde los auxilios espirituales, no quise diferirlo más tiempo. Allá al mediodía cuando iba á ponerme en camino, cayó un chubasco tan atroz, que hube de esperar unas horas que pasara la tormenta. Dijéronme que era expuesto salir aquella tarde á causa de la crecida de los ríos que tendría que atravesar sin un mísero puente; pero preferí echarme en brazos de la Divina Providencia y visitar al pobre Joaquín. El trayecto fué un continuo lodazal y charcos, y el senderillo más parecía un riachuelo según era el agua que por él corría. Y ¿qué decir de los ríos? Los dos primeros, aunque crecidos, aún los pude pasar sin descalzar, aunque no sin mojarme algo; pero el tercero, que está unos quince

minutos antes de llegar á Basapo, estaba en verdad imponente y ponía espanto. Las aguas bajaban turbulentísimas y producían un ruido ensordecedor, que se oía ya de muy lejos. A pocos pasos más abajo hay una cascada muy grande con su enorme balsa de varios metros de profundidad, á donde fatalmente puede arrastrar la impetuosa corriente al transeúnte que da un mal paso en medio del río. Con el agua hasta medio cuerpo, asentando con cuidado y firmeza los pies y apoyándome bien en el solemne bastón, mi fiel compañero de estos viajes, para que la corriente no me hiciera caer con su fuerza, logré salvar la orilla opuesta con toda felicidad. Me consolaba al pensar que al día siguiente á mi regreso bajaría el nivel del agua, pasada la riada y lo atravesaría mejor. Ya veremos luego lo que me sucedió. Llegué al pueblo con los vestidos bien mojados, y después de los correspondientes saludos al Botuko ó jefe y demás bubís, entre ellos una porción de cristianos, mi primera precaución fué meterme en una covacha y mudarme la ropa. Acto seguido me dirigí á la choza en que vivía mi pobre Joaquín. ¡Pobrecito! Al verlo, los muchachos que me acompañaban, no pudieron reprimir las lágrimas. A mí poco me faltó, pues el espectáculo no era para menos. Aquello más parecía un esqueleto: sólo huesos se veían en el pobre niño, rodeados de piel. Se hallaba tendido en el duro suelo, y por todo abrigo tenía unos trozos de manta sucios y mal olientes. A su lado hube de sentarme, también en el suelo, ya que no había otra cosa. Aparte del mal olor, luego acudieron hormigas á mortificarme. Aunque yo nunca hubiera conocido al pobre Joaquín, pues estaba radicalmente desfigurado, él me conoció luego. Poco me costó disponerle para la confesión, pues deseaba hacerlo para morir. Tenía el conocimiento perfecto, si bien le costaba mucho hablar, ni podía mover brazo ni pie. Administrado el sacramento de la Penitencia, le preparé para el Santo Viático que debería darle el día siguiente, para lo que me había hecho llevar el altar portátil para celebrar. Antes de despedirme, noté que sobre la cabeza estaba colgado el ataúd, aunque me supuse que el chico no lo habría notado. En éstas me dice: Padre, ahí está mi caja.—¿Esta es tu caja?—Sí, Padre, ahí van á poner mi cuerpo.—¿Y te gusta? ¿Es bonita?—Sí, Padre, es muy bonita y me gusta mucho.

¡Qué tranquilidad para morir! Le dijimos que en el cielo se acordara de nosotros, y así lo prometió.

Y me retiré de allí á la casita que se sirvieron prestarme. Allí se reunieron todos los cristianos y rezamos el santo Rosario, cantándose el *Viva María* al final. Dirigí la palabra á todos exhortándoles á continuar siendo buenos cristianos. Les anuncié que muy de mañana iba á celebrar el Santo Sacrificio en aquella casita y que harían muy bien en confesar y comulgar. Esto bastó para que todos obedecieran á la insinuación. Luego empezaron las confesiones, acudiendo todos á limpiar su conciencia en el santo tribunal. Aunque la noche la pasé sobre desnudas tablas, descansé bastante bien. A la mañana preparé el altar con todo lo necesario, y luego acudieron los cristianos á oír la santa Misa. En ella les repartí la sagrada Comunión y después me acompañaron todos á la choza del pobre

Joaquín, á quien administré el santo Viático. Tras una media horita volví allá con los santos óleos para administrarle la santa Unción, como así lo hice, con la dificultad que ya se deja comprender.

Cumplida mi misión, iba ya á emprender mi viaje de regreso, según era mi plan, cuando el cielo se ennegrece y empiezan á oírse truenos. A pesar de ello, intentaba salir con la mía, pues la gran riada había pasado ya y quería aprovechar cuanto antes la coyuntura para pasar el río. Pero me advirtieron que no lo hiciera, pues me iba á coger muy pronto la tormenta. En vista de tal consejo, desistí de mi empresa y decidí quedarme hasta la tarde. No bien volví á casa, se presentó furiosa la tempestad, descargando copioso aguacero, mayor todavía que el del día anterior. Como las provisiones de boca las había llevado tan medidas contando volver de mañanita, me resigné á pasar con lo que tuviesen á bien darme los naturales, que en medio de su pobreza no se portaron mal conmigo. A la tarde escampó y pensé regresar; pero me rogaron que no lo intentase, que el río se había puesto muchísimo peor que la tarde anterior, que era imposible vadearlo. Otra noche, pues, entre los bubís. Por la noche, Rosario y cánticos, como la precedente. A la mañanita siguiente dije nuevamente la Misa, en la que todos volvieron á comulgar, de modo que no fué en vano el quedarme, y aun creo que fué providencial. Hacia las siete me despedí por fin de Basapó y salí para Basilé. El río había descendido mucho: todo fué cuestión de descalzarme y pasarlo con agua á la rodilla: una gloria en comparación de la vez pasada. A las nueve entraba felizmente en Basilé.

El día 22 por la mañana entró en nuestro puerto el vapor correo «Ciudad de Cádiz.» En él vino el que ha sido varias veces Gobernador General interino, y es desde hace mucho tiempo Secretario General de la Colonia, D. Luis Dabán. También vino el Administrador de Hacienda Sr. Zarate, el Médico Sr. Marroig y otros pasajeros.

En el mismo vapor llegaron tres Padres Misioneros y dos Hermanos destinados á estas Misiones. Sean todos bien venidos.

En el correo del 2 de Octubre sale para la Península el Ilmo. Gobernador General de estos Territorios, D. Angel Barrera y Luzando, después de tres años enteros de continua permanencia en la Colonia. Queda interinamente al frente de la Colonia, el antes mencionado D. Luis Dabán.

Hizo muy mala impresión la visita de un Cónsul de la Gran Bretaña que anduvo por aquí inspeccionando el trato que en la Colonia damos á los braceros proce-

denes de Colonias extranjeras. Su visita obedecía á la vil campaña en el extranjero emprendida contra nuestra Colonia, á la que se acusa de fomentadora de esclavitud. Nada más lejos de la verdad. Aquí ni se fomenta la esclavitud, ni se maltrata á los trabajadores. Ninguna nación puede dar á España lecciones de benignidad para con los indígenas de sus Colonias, pues no hay nación que sea tan benigna para con los mismos. Lo malo es que á raíz de tan odiosa inspección, el señor Gobernador, con muy buena intención sin duda, ó sea de evitar el más mínimo pretexto para que los extranjeros se quejen de nosotros y para que más fácilmente autoricen la salida de indígenas de sus territorios para el nuestro, ha publicado en el «Boletín Oficial» un Decreto modificando notablemente el actual Reglamento del Trabajo, si bien advierte que se da un plazo para que los agricultores presenten por escrito las observaciones que creyeran convenientes contra lo establecido en el Decreto, que no tendría vigor hasta Enero próximo. A la mayoría de los agricultores no han parecido bien dichas modificaciones, según se vió en la asamblea general de agricultores convocada por la Cámara Agrícola Oficial. El señor Gobernador no se halla dispuesto á condescender con los agricultores, por las razones que alega en otro número del B. O., en que rebate la exposición presentada por dicha entidad oficial.

En el indicado documento del señor Gobernador, no se deja en buen lugar á las Misiones, á quienes se acusa de no amparar los derechos de los indígenas ó de no velar por ellos. Nadie como el Misionero se ha interesado ni se interesa por los indígenas, hasta el punto de sacrificarse por ellos.

Lo que supone el autor del documento es que no hay otra manera de velar por el interés de indígenas y braceros, que el cumplimiento de lo que en el Decreto se ordena, ó por lo menos que ello es lo más conveniente para los mismos. Y nosotros creemos que de otras maneras se puede también velar por los braceros sin herir los derechos de los patronos.

Por hoy nada más añadimos sobre esto.

Hay quienes, no sabemos por qué motivos, están interesados en hacer llegar á los altos Poderes la falsa acusación de que los Misioneros no enseñamos la lengua española en la Colonia.

Contra tamaña calumnia, hasta las piedras de la Colonia protestan indignadas, pues es palmario que si algo se habla el español en la Colonia, á los Misioneros principalmente se debe.

MARCOS AJURIA, C. M. F.

Basilé, 30 de Septiembre de 1913.



IDEAS MESIÁNICAS EN LAS RELIGIONES DE LA INDIA

(Continuación)

Carácter moral

El Bhagarata-Purana representa á Krishna como desobediente y travieso muchacho manchado con los pecados de robo y de la mentira, arrebató los vestidos de las gopis y tiene con ellas juegos ilícitos, posee ocho reinas y 16.000 mujeres, quema la ciudad de Kari, destruye sus habitantes y al fin mata á un gran número de sus 180.000 hijos. Costumbres son éstas que no se compaginan muy bien con la divina misión que se le atribuye al héroe y mucho menos se avienen con la deidad de que se le supone animado.

Mas el Bhagavad Gita, obra incluída en el Mahabharata, no menciona caracteres tan denigrantes, ni conducta tan antimoral. Le representa á manera de filósofo discursando y disputando con Arjuna acerca de puntos difíciles de filosofía védica y revelándose como un dios y supremo sér dotado de un brillo y resplandor mayor que el de mil soles luciendo con toda fuerza en medio del firmamento.

Doctrina del Krishnaismo

La doctrina del Krishnaismo con relación á Dios, es una inherente combinación de panteísmo y monismo. Krishna discursando con Arjuna, le dice: «Yo soy el mismo que interiormente mora en todas las cosas nacidas. Yo soy el padre del universo, la madre, el ordenador, el gran señor, la cosa que es conocida y el sér que purifica y limpia. Yo soy el origen de todo, de mí procede todo. Aquéllos que me adoran con respeto, moran en mí y yo en ellos. Nada hay más alto que yo; todo el universo descansa sobre mí como cadena de piedras preciosas engarzadas en un hilo. Yo soy gusto en el agua, luz en la luna y en el sol. Si alguno me vé á mí en todas las cosas y todas las cosas en mí, yo no estoy perdido para él ni él lo está para mí. Yo soy el conocimiento de aquellos que tienen conocimiento y brillo de aquellos que tienen esplendor. Yo conozco las cosas que fueron, que son y serán, mas á mí nadie me conoce, porque estoy envuelto en ilusión. Yo soy el sér supremo, la suprema cabeza, el supremo sacrificio; el supremo espíritu, Brahma.»

Doctrina moral del Krishnaismo

El propio conocimiento y abnegación ó negación de sí mismo, son los dos polos sobre los cuales gira el Krishnaismo. Según el héroe maestro, sus devotos encuentran á Brahma por medio del conocimiento. Existe una doble ley moral á la cual todos deben seguir para librarse de la pesadez del cuerpo y de la miseria de la vida. La primera, que se designa con el nombre de Sankhyas, consiste de obras, de actos de negación; la segunda, conocida bajo el nombre de Yogi, es pura inacción, especie de quietismo molinístico. Krishna recomienda esta segunda. «Ejecuta tu obra, dice, perseverando en serena contemplación, rechazando todo víncu-

lo que te ligue á la tierra; sé indiferente al éxito ó al malogro de tus acciones. Abandona, oh tú, sabio en devoción, los frutos que resultan de tus trabajos, y libre de los lazos de nacimiento, obtén un estado perfecto.» Aunque, como se deduce de estos textos, en el Krishnaismo se alaba la devoción y contemplación serena, no se excluye, sin embargo, toda acción. «Tu negocio, dice en otro lugar, es con la acción, mas no con el fruto. El fruto de la acción no deberá ser jamás el motivo que te mueva á obrar. Haz tu obra, indiferente á la ganancia ó pérdida. Cumple con perfección la obra que has comenzado sin apego á la misma, porque el hombre que ejecuta su obra sin apego á ella, obtiene el sér supremo. Quien con amor me da una hoja, una flor, un fruto, agua, es acepto á mí. Cualquiera que sea tu obra, tu manjar, tu sacrificio, tu ofrecimiento, tu mortificación, ofrece todo ello á mí.» Tal es la ley de perfección proclamada por Krishna, estado de serena indiferencia, de religiosa sangre fría, de escepticismo práctico.

El origen del Krishnaismo

Seguramente que el paciente lector habrá observado, en lo que acabamos de exponer, coincidencias y hasta palpables semejanzas de Krishnaismo y de su moralidad con la moralidad y religión cristiana. Todo cuanto de maravilloso se encuentra en el Cristianismo vemos reproducido en el Krishnaismo. Comunidad tan extraña de ideas no puede explicarse satisfactoriamente, sino suponiendo que una religión ha tomado de la otra. ¿Cuál es, pues, la religión plagaria? Considerando que las leyendas referidas han sido introducidas en los escritos Krishnaitas en épocas recientes, no cabe duda que el plagario es el Krishnaismo. Como dejamos consignado, nuestra relación está tomada de Prem-Sagaz, obra sánscrita que no vió la luz pública sino á fines del siglo doce de la era cristiana. Las Puranas que exponen la doctrina Krishnaita, no aparecen sino después de la era épica, es decir, hacia el siglo séptimo de la era vulgar. El Bhagavad-Gita, fué compuesto entre los siglos décimo y duodécimo de la misma era.

Lo mismo debe decirse de la doctrina y moral del Krishnaismo. La doctrina de Bhakti ó devoción, tan ponderada en el Bhagavad-Gita y Ramayana, ha sido el resultado de la influencia cristiana. Algunos escritores notan que Ramanuja, el filósofo que desarrolló la doctrina del Bhakti, nació y fué educado cerca del santuario de Santo Tomás en Ruylapore, donde en aquellos tiempos existía un culto mixto de cristianismo é hinduismo. Ramanuja vivió en la primera mitad del siglo duodécimo A. D.

Buddha

Es la novena encarnación de Vishnu. Esta avatara es originariamente extraña al cielo de encarnaciones de Vishnu, y en los puranas se hace mención de ella como de paso y muy concisamente. Algunos escritores

exponen la *raison d'être* de esta encarnación, diciendo que Vishnu, compadecido de los animales, descendió sobre el escéptico Buddha para desacreditar los sacrificios brahmánicos. Otros, por el contrario, afirman que el fin de esta encarnación fué destruir el culto de las antiguas deidades, sembrar entre los hombres gérmenes de ateísmo y negar la supremacía de los dioses.

Nacimiento de Buddha

Sakhya-Sinha (león), Sakhya-Muni (monje) Gantama, Siddharta, ó para llamarle por el nombre que mereció por las reformas religiosas que introdujo, Buddha, nació en Kapilavasta, situada al sur de la cordillera del Himalaya, en el moderno Nepal. Algunos de sus biógrafos le hacen hijo de un Rey, mientras que otros y con más fundamento le suponen hijo de un pequeño mandarin, en el Norte de la India. Los más antiguos textos, al hacer mención del reformador, no dicen haber sido hijo de reyes; silencio que indica que su padre, mejor que rey, fué un señor feudal, ó cabeza de alguna pequeña tribu. Hacia la fiesta de verano Buddha fué concebido de una hermosa é inmaculada virgen, cuyo nombre era Maja, la diosa de la ilusión. Los dioses se alegraron de su nacimiento y le rindieron homenaje. Poco tiempo después, un anciano y venerable asceta le saludó como al futuro Buddha. Cuando el niño contaba aún ocho años, recibió el nombre de Siddharta. A la edad de dieciséis años vivía en los palacios de su padre, dedicándose á toda clase de peligrosos divertimientos en compañía de jóvenes de otro sexo. En uno de estos juegos ganó el afecto de la joven Sasadho-

ra, á quien casó y de la cual tuvo un hijo. Al poco tiempo los dioses le revelaron su destino y abandonó repentinamente su casa, mujer é hijo. Viendo un decrepito anciano, un inválido y un monje, dedujo por no muy buena lógica, que todo es ilusión y miseria y se decidió á llevar una vida ascética y austera para liberarse de la pesadez del cuerpo. Debajo del famoso árbol se dedicó á la contemplación, reduciendo cada día su alimento hasta tal punto, que se pasó varios días comiendo solamente un grano de arroz. Dura le debió de parecer al reformador tanta abstinencia, y se resolvió á mitigar sus fervores y comió en abundancia. Como recompensa de su fidelidad y sus asperezas recibió de los dioses un triple favor: visión de lo pasado y de lo presente y conocimiento perfecto del orden de las causas y sus efectos. Salió de su región y predicó el nuevo evangelio en Benares, á donde conquistó muchos discípulos, especialmente entre los Brahmanes. Cuarenta años pasó en esta vida. Al fin conociendo que se aproximaba su Nirvana, congregó á su alrededor á todos sus discípulos y les dió su último consejo, ordenándoles al mismo tiempo que le enterraran conforme convenía á un gran rey. Murió en Kusinara, de efecto de una digestión por haber comido carne de puerco asado. Sin duda su estómago debilitado por tanto ayuno, no pudo sufrir la pesadez del manjar. Su cuerpo fué quemado y las cenizas fueron distribuidas entre sus piadosos discípulos.

De su sistema religioso hablaremos en el siguiente artículo.

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ,
Carmelita Descalzo.

CHINERIAS.—EL COCINERO Y SUS NARRACIONES MARAVILLOSAS



El sirviente cocinero es un tipo que merece describirse.

Más bajo que alto, delgado, con pronunciadas facciones de raza, es además tuerto y algo jorobado; pero á fuer de cristiano antiguo, aunque es iliterato, en tratándose de religión no cede ni ante el catequista. Tiene una voz argentina que él modula á maravilla, y cuando reza el Rosario todas las noches hace unos altos y bajos que hasta llegan á distraer á los asistentes, y alguna vez se le ha tenido que llamar al orden. Es famoso en toda la cristiandad por su voz, y él está orgulloso de este don con que le ha favorecido la naturaleza.

Bulle en su cuerpo cierta inocente socarronería sancho-pancesca, y á mí me tiene obligado con algunos beneficios, por todo lo cual le profeso cierto cariño. Veamos: Una vez se empenó en que me pusiera sobre sus espaldas para pasar un río de unos 30 pasos de ancho. Yo así lo hice poniéndome sobre sus hombros, pero cuando llegaba al medio del torrente... plas... me

deja caer, y dando él dos pasos adelante, se vuelve y me dice: Anda aprisa que te mojas.

—No, ya no me mojo, Sancho amigo, le dije filosóficamente; y salí del paso con agua hasta la rodilla.

Otro día se puso á sembrar unas plantas de verdura que había comprado, y con tan fuerte intención se engolfó en su deber, que llegaron las doce y no había preparado nada para comer. A esta hora se acordó, aunque tarde, y encendiendo fuego y echando el arroz para la morisqueta en la marmita, lo dejó todo y él se fué á toda prisa á comprar un poco de carne de carabao al próximo mercado, que distaba unos tres cuartos de hora. Al volver ya eran las dos pasadas, y el arroz y el fuego, que no le habían prometido obediencia, se encontraban en pésimo estado; con lo cual queda dicho que aquel día no comimos temprano ni bien, pero... *nos reímos mucho.*

—En esta parte de China usan en la cocina para sacar el agua de una tinaja, una media calabaza; y es tal la fuerza de la costumbre, que no teniendo ésta, no saben cómo valerse para hacer ese menester.

Cierto día me vino mi cocinero pidiendo que se comprara esa media calabaza, porque se le había roto la

que usaba.—No se compra, fué mi respuesta; ese otro instrumento con que sacas agua de la marmita, sirve también para sacarlo de la tinaja, así que no hay necesidad de comprarla. Dió, como de costumbre, muchas razones, y él se quedó con la palabra, pero no accedí á sus deseos.

Los seis días siguientes no sé cuantas veces salió á relucir la imprescindible *media calabaza*, sin la cual no se podía preparar la comida.

Viéndose vencido por este medio, ideó mudar de táctica.

Un día se presentó muy compungido, y arrodillándose delante de mí, dice: Perdóname, Padre.—¿Qué pasa? —Mira; y presenta los pedazos de una taza de morisqueta; como no tengo la *media calabaza* usaba esta taza para sacar agua, y hoy he pegado en el borde y se ha quebrado.—No, no me engañas; esto lo has hecho á propósito; si vuelve á suceder te voy á sentar la mano y vas á pagar caras las tazas; anda, marcha de aquí... Al siguiente día y á la misma hora, ya tengo de nuevo á mi cocinero en la misma actitud suplicante del día anterior y con nuevos trozos de otra taza en la mano. —Pido que me perdones; yo soy un mal hombre, me dice juntando la cabeza con el suelo: como no tengo calabaza, iba apresurado á sacar agua con esta taza, chocó en la tinaja y mira lo que ha sucedido.

—Ah, bribón, no te saldrás con la tuya; quédate ahí arrodillado, le digo usando una expresión china, *hasta morir*; y me salió fuera. Un momento después vuelvo y le amenacé con no sé cuantos castigos si volvía á romper otra taza, y le despaché. El siguiente día pasó sin novedad, pero al otro, un momento antes de la hora de comer, ya tengo arrodillado ante mí á mi hombre, y con muestras de grande sentimiento pide mil perdones. «Yo soy un gran pecador; pégame, pégame *hasta morir*, hoy he vuelto á romper la más hermosa taza que tú usas.» Así era en efecto.

Una taza grande de ningún valor que yo usaba para la morisqueta, pero que yo apreciaba por ser un recuerdo, había sido esta vez objeto de sus iras.

—No hay más perdones, le dije en tono incomodado; tienes que pagar todas las tazas rotas, y para empezar, hoy no comes.

—¡Si ya he comido!...

—Esta salida, y la postura cómica en que estaba pidiendo perdones, y el pensar que todavía no estaba arrepentido de romper tazas, me hicieron reír y mudar de ideas en un momento, así que le dije:

—Bien, acabemos: levántate y ve á esa tienda que está enfrente, y compra en seguida esa media calabaza, á ver si con ella completas esa otra media que llevas encima de los hombros. Mi paciente y astuto cocinero se levantó frotándose las manos suavemente con una risita de satisfacción, y sin hacer caso de la «aleluya» que yo le había echado, se dirigió á la tienda con aire victorioso y triunfador.

Al fin tenía razón... Se había salido con la suya. Ya tenía la tan ansiada media calabaza.

Pues bien; este simpático cocinero me acompaña casi siempre en mis viajes, porque además de entender algo de cocina, me lleva el recado de decir Misa.

Un día le llamo y le digo:—Mira, Pimpollo de Fue-

go, eso significa su nombre traducido al español; vamos á salir y recorrer tales y tales lugares, nuestro viaje durará por esos mundos más de un mes.

Mi distrito es inmenso, es tan grande como tres ó cuatro provincias de España.

Como todavía soy nuevo misionero, falto por lo tanto de esa sal de la experiencia, mi celo, algo indiscreto, me hace á veces decir *inocentes disparates* que yo tengo como otras tantas verdades de fe; haciendo con esto que mi viejo maestro en el ministerio, que me es-



CHINA.—Los amigos de la novia — Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Gervais, de las Misiones extranjeras de París.

cucha, mientras se atusa su aristocrática perilla, se sonría compasivamente y con muchas ganas.

Vamos á visitar este y el otro pueblo, y vamos á organizar esto y lo de más allá. Yo tengo una confianza grande en el éxito de mis proyectos, y hasta á veces me ocurre, cómo es que todavía quedan gentiles por convertir; si esos viejos misioneros no han trabajado con todas sus fuerzas, ó no habrán sabido aprovecharse de las circunstancias para llegar con sus palabras hasta el corazón de los pobres paganos.

Mis ilusiones me llevan por allá, siempre esperando de poder hacer grandes cosas por Dios; al fin, éstas y la gracia del cielo, son las que mantienen firme en su puesto al apóstol entre los gentiles, para sostener impávidamente esa prolongada y temible lucha en la conquista de las almas. Cuando llegan los cuarenta,

y el hombre pasa el Rubicón de la vida *sin vencer*, y tal vez teniendo por toda gloria un gran caudal de desastres (y en esto precisamente consiste una gran parte del mérito de los misioneros), esas noveles ilusiones se van esfumando poco á poco para dar lugar á la realidad de la vida; pero siempre quedan atrás otras almas jóvenes con alientos de titanes y deseosas de probar fortuna. El mundo siempre fué así.

En dicho mi distrito se encuentran cuatro lugares en donde en tiempos no muy lejanos hubo una marejada enorme de catecúmenos, pero que hoy se les podría aplicar aquello del poeta:

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa...

Yo me he propuesto recorrer todos esos pueblos, contemplar la ruina de aquellos cuartos de reunión de catecúmenos que allí se levantaban, y si es posible hacer reverdecer aquellos campos agostados, dando vigor y vida espiritual á algunos individuos que dicen ellos que tienen fe.

Hace algún tiempo me encontré con el alcalde de uno de dichos pueblos, que antes había asistido al catecismo, y me dijo:

—Por qué no vas á mi pueblo? Aunque el cuarto de doctrina está caído, no nos hemos olvidado de la religión. Yo y otro, *tenemos á Dios dentro del vientre y deseamos comer la religión del Cielo. Te invito á que vengas cuanto antes.*

Con tan gentiles palabras, y sobre todo con ese apetito de comer la Religión del cielo, no era posible resistir más, así que le prometí una visita en la primera ocasión.

Al recorrer aquellos parajes todavía se acuerdan por allí de las hazañas pasadas; pues hay lugares en donde hubo casi batallas y hasta bautismo de sangre.

Paganos y protestantes unidos, para perseguir á los católicos, querían hacer villanías que fueron valerosamente rechazadas, viniendo á ser este acto de valentía una epopeya en miniatura.

Dicho se está que el mejor medio de locomoción en este país es el caballo de San Francisco; podría optar por la silla china, pero además de lenta y pesada cuesta dinero, así que excepto en circunstancias especiales, se prescinde de ella.

El terreno es muy desigual y no hay caminos. ¿Para qué, dicen los chinos; no es lástima que se eche á perder un terreno del cual se pueden sacar camotes?

Un sendero hecho á fuerza de pasar enfilados, es lo que señala la vía. Si hay hoyos no se tapan, si se encuentra una piedra se salta ó se da la vuelta y se le deja en su lugar; cuando se llega á un torrente se le vadea ó se pasa por encima de algunas piedras dispuestas á distancia, y si el paso es difícil, á veces una tabla gruesa de varios metros de larga por dos cuartas de ancha es lo que une las orillas. El camino serpentea á veces hasta doblar la distancia, y las continuas subidas y bajadas causan enorme fatiga; sin embargo, la costumbre y la hermosura del paisaje hacen se olviden los viajes cómodos, y acaba por regocijarse el espíritu al ver en toda su pureza aquella naturaleza rústica y primitiva.

Mi sirviente, antiguo conocedor del país y de los hechos allí realizados, me lo va presentando ante la vista y acomodando á los lugares, relatos que yo escucho con interés.

—¿Ves aquella grande piedra que se levanta en aquel terreno? pues bien, allí moran, según dicen las gentes de estos contornos, las almas de varios extranjeros que hace unos quince años fueron muertos por los chinos.

Muchos de los habitantes de estos lugares las han visto vagar durante la noche en forma de globos de luz, y dicen que es porque están hambrientas: por esta razón estos barrios todos los años en el aniversario de la muerte hacen sacrificios llamando á los bonzos; y todos los meses algunos de los habitantes vienen á ofrecer arroz y otras viandas para que estén contentas y no dañen á los hombres ni animales de estos contornos.

En efecto; este es un hecho real que yo mismo he podido comprobar.

Mas lo que no puede admitirse es lo que añadió:

—Hace dos años cabe este torrente que atravesamos apareció de la noche á la mañana una casucha que nadie supo cómo había sido construída, dentro de la cual moraba un anciano de luenga y blanquísima barba desconocido de todos, al cual se empezó á mirar con respeto y temor, en atención á su aparición maravillosa: indudablemente debía de ser algún espíritu de los grandes del cielo.

Pasaron algunos días de miedos y angustias, por ignorar quién era y no atreverse ninguno á ser el primero en averiguarlo: por fin una vieja, después de purificarse con varios ritos, se decidió á probar ventura; y tomando consigo arroz, carne y otras ofrendas, se acercó hasta la puerta de la casa, en donde colocó lo que llevaba, y arrodillándose, en actitud suplicante, empezó por pedir mil perdones por su osadía. El anciano, sentado en cuclillas, parecía una estatua, no se movía ni hacía caso alguno de lo que á su puerta sucedía.

Pasó el primer día, y luego otro como si nada. Tampoco comía ni bebía.

Cansada la vieja de esperar, y apurada también por el hambre, por una parte temía partirse sin respuesta, y por otra le palpitaba el corazón al acercarse sin ser llamada; mas al fin optó por lo segundo, y avanzando hasta el lugar del extático anciano, con toda reverencia le suplica, y hasta se atreve á tocarle para hacerle volver en sí de su alta contemplación; pero en ese momento su cuerpo se deshace y cae hecho polvo; y saliendo de las entrañas del sér misterioso una gran tortuga, sin saber cómo ni cuándo se apoderó de la aturdida vieja y la llevó en andas y volandas hasta el mar, sumergiéndose con ella en las aguas, en donde vive ahora. Algunos vecinos de estos pueblos la vieron pasar por los aires, y desde entonces la casa desapareció del mismo modo que se había presentado.

Próximo á dicho lugar queda todavía un viejo y corpulento árbol en donde mora un grande cien pies; allí van también á ofrecer sacrificios; dicen «que es la virtud del gran abuelo del cielo» que quedó en él.

—Y de la vieja ¿no se ha vuelto á saber nada?

—Los pescadores de estos contornos, me responde, la ven á veces, á la caída de la tarde, que montada sobre

la tortuga sale á la superficie de las aguas y se pasea sobre las ondas del mar. ¡Oh, es una vieja feliz!

Por eso, cuando entre las redes que lanzan á la ventura queda prendida alguna tortuga, no la cogen; la sueltan, y recogiendo inmediatamente todos los trastos se vuelven á casa: su presa es señal de mal agüero, y si continuaran su trabajo aquel día, serían víctimas de alguna desgracia.

Y no obstante, ¡la tortuga en China, es símbolo de la longevidad y virtud!

Con tan interesantes narraciones llegamos á la primera cristiandad, en donde mis neófitos me están esperando; y luego de una cena apetitosa, sazónada con la fatiga del camino, y una larga soirée, nos iremos á dormir con la paz de Dios.

Los días siguientes serán días laboriosos: visitas de cristianos, de catecúmenos, de gentiles, explicar la doctrina, oír historietas, dar consejos, sentenciar «pro tribunali»; y si viene el caso diagnosticar enfermedades y decir muy serio: saque V. la lengua; y al verla sucia y blanquecina, después de varias preguntas de rúbrica, se dice al paciente: toma esta dosis de quinina, remedio eficaz contra las calenturas; ahí tienes un poco de *santonina*, haz que lo tome ese niño en ayunas, pues es remedio santo contra las lombrices, etc.

De este modo se van recorriendo los varios lugares, recibiendo nuevas impresiones, y siempre con la esperanza de que todos estos trabajos no han de ser en vano para la gloria de Dios.

FR. HERIBERTO MARTÍNEZ, C. P.

CHINA.—LA PERSECUCION DE LOS BOXERS

Mártires de la subprefectura de Nin-sian-sien



La subprefectura donde la persecución se ensañó con más furia contra el nombre cristiano, fué sin duda la de Nin-sian-sien. Los infieles se manifestaron aquí mucho más crueles que en el resto de la provincia, en grado tal, que fueron pocos los cristianos que pudieron escaparse á la muerte. Muchos huyeron á los montes, pidiendo refugio á las solitarias cuevas, alimentándose de hierbas silvestres, sufriendo lo indecible, mas se los perseguía también como á bestias salvajes. Todas las iglesias, oratorios y residencias fueron destruidas, quemadas las viviendas de los cristianos, y los adoradores de la Cruz que dieron su vida por Jesucristo en tan horrible hecatombe, no bajan de cuatrocientos. El lema de los perseguidores era no dejar vivo un solo cristiano de cualquiera edad, sexo ó condición, á fin de borrar para siempre en aquellos lugares el nombre cristiano. El R. P. Juan Ricci, de la Orden de Frailes Menores, sufriendo incomodidades sin cuento, ha tenido la paciencia de recorrer gran parte de los lugares regados con la sangre de los mártires tan generosa y heroicamente derramada, á fin de obtener testimonios fidedignos de los supervivientes cristianos y paganos, muchos de ellos, tal vez, tomaron parte en la matanza de los cristianos. Para edificación de los lectores de LAS MISIONES CATÓLICAS y á fin de continuar nuestra sucinta relación de la persecución de los boxers, queremos entresacar unos cuantos ejemplares de los valerosos atletas de la fe; no cabe duda, que tratándose de un asunto de nuestros días, ello moverá á los lectores á bendecir las misericordias de nuestro buen Dios.

En la ciudad de Nin-sian, vivía un catecúmeno llamado Van-yun-hou, de 40 años de edad. Siendo pagano no gozaba de muy buena fama, mas movido de la gracia divina que inspira *ubi vult*, de tal manera cambió de conducta, se hizo tan fervoroso catecúmeno, que el misionero le encargó la custodia de la iglesia y residencia del lugar donde permaneció por espacio de tres

años, y ya habíase pensado administrarle próximamente el santo Bautismo. Era el 12 de Julio, tres días después del glorioso martirio del ilustrísimo señor Grassi y compañeros, cuando los boxers dieron fuego al oratorio de Nin-sian como principio y señal de persecución en dicha subprefectura. El catecúmeno Van-yun-hou, fué hecho prisionero. Interrogado si era cristiano, respondió sin titubear que lo era efectivamente. Amonestáronle á que hiciera una protestación de que abandonaba por falsa la religión cristiana, si quería evitar la muerte. «Estoy firmemente convencido, respondió; es buena y la única verdadera, fuera de la cual no puede haber salvación; por consiguiente, tened entendido ahora para siempre, que jamás abandonaré la religión que, aunque un poco tarde he llegado á profesar, y que vuestras promesas y amenazas, y hasta la muerte misma, ningún estímulo ni temor pueden causarme.» En vista de tan categórica y valiente confesión, le maltrataron de tal manera con piedras y palos, que semimuerto le abandonaron para que muriera lentamente. Manos compasivas condujéronle á una casa no muy distante, donde bien asistido, pudo recuperar algunas fuerzas y salud. Sabiéndolo los boxers aun le buscaron y dieron con él; usando de dulces palabras y suaves amonestaciones propusieronle la apostasía, y viendo la inutilidad de sus esfuerzos para inducirle al culto de los dioses, pasaron á las amenazas y al tormento; «es inútil que insistáis, decía el catecúmeno, cristiano soy y cristiano moriré con la gracia de Dios.» No pudieron más los boxers, la ira los dominaba, arrojáronse sobre él y le asesinaron de la manera más cruel y vengativa, hasta colgarle de un palo por el ano que llegaba al vientre, en cuyo durísimo tormento entregó al Señor su hermosa alma regenerada con su generosa sangre.

En el pago de Ian-kía, se hace mención de toda una familia de mártires, á saber: Pedro Kao, de 40 años de edad, padre de familia; Agueda Kao, su esposa, de 38 años, y sus hijos Ana, Primo, Segundo y Rosa, de 18, 9, 5 y 2 respectivamente. Antes que llegaran por allí los boxers, un pagano vecino de esta familia, quejába-

se y no cesaba de lamentarse, diciendo: «Como somos vecinos, si vienen los boxers yo tendré que padecer por vuestra causa, mejor fuera por consiguiente que os adelantarais á toda eventualidad, y renunciando á vuestra religión, que hoy por hoy de nada os sirve, os pusierais al abrigo de los decretos que se han dado en favor de los cristianos apóstatas.—Nada temáis, respondía Pedro, mi religión es buena en todo caso y circunstancia, lo mismo cuando se ve favorecida como perseguida por las autoridades; su divino Fundador Jesucristo tiene anunciado que será perseguida en todos los siglos por los hombres de mala voluntad cual lo son ahora los boxers en el Shansi, pero felices los perseguidos porque Dios los ayuda de un modo muy particular; no puedo yo abandonar mi santa religión, pero hallaré un medio para que si vinieran los boxers á molestarnos, no sufras tú daño alguno por nuestra causa.» Y en efecto, cogiendo dos leños los clavó en forma de cruz á la puerta de su casa como señal de que los moradores de ella eran adoradores de la verdadera Cruz, nuestra vida y nuestra salvación. No habían transcurrido veinticuatro horas desde esta escena, cuando la turba de los boxers con grande tumulto de armas é infernal gritería rodeaba la casa de nuestra cristiana familia, la cual advirtiéndolo púsose de rodillas en santa oración, animándose mutuamente padres é hijos á sufrir con valor el santo martirio por la gloria de Dios y el honor de su religión. A las múltiples propuestas que se les hicieron para que renunciaran á su religión, contestaban: «Preferimos la muerte á una cobarde apostasía.» Y especialmente Agueda, con heroico valor, digno de las Aguedas de los primeros siglos, teniendo el santo Crucifijo en sus manos é imprimiendo en él amorosos ósculos, lo enseñaba á sus enemigos, diciendo: «¿Veis lo? este hombre-Dios fué crucificado y muerto por mí y por todos los hombres, incluso por vosotros que le perseguís en la persona de sus adoradores; también yo quiero morir por su amor, así que á vuestro dilema, ó apostatar ó morir, la respuesta es bien sencilla; jamás renunciar á nuestra religión, por lo cual no tememos la muerte que darnos queráis; no apostato, no apostataré jamás.» En el entretanto que los vándalos estupefactos y rechinándoles de ira los dientes oían este fervoroso sermón, el marido de Agueda quiso salir de la habitación en que se hallaban, mas ella le detuvo, diciendo: «¿A dónde vas? Temes á tus enemigos? La santa Iglesia nos unió en santo matrimonio, Dios nos ha bendecido con varios hijos, hagamos que el santo lazo no se deshaga por toda una eternidad, vayamos juntos al cielo á gozar de Dios y de María Santísima nuestra Madre. El buen esposo permaneció pues en su sitio protestando que en manera alguna fuera su intención ceder lo más mínimo de su fe y sus religiosas creencias ante las amenazas ó el temor de la muerte; que cristiano era y cristiano moriría con la gracia de Dios. Entre estos dimes y diretes, la joven Ana con sus tres hermanitos, logró escurrir el bulto y esconderse en una pequeña cueva próxima. Los boxers recogieron la paja y cuanto combustible pudieron hallar, dando fuego á la casa, en cuyas llamas abrasados murieron juntos los dos benditos esposos, mientras dirigían sus plegarias y la recomendación de sus almas al Todopoderoso.

Cuando se marchaban satisfechos de su fechoría los perseguidores, un pagano les indicó el lugar donde se hallaban ocultos los cuatro hijos de Pedro y Agueda. Con piedras y tierra cubrieron la entrada de la cueva donde perecieron asfixiados, entregando al Señor sus puras almas sin conocer apenas la malicia del mundo y sus vanidades. Pedro y Agueda, ambos eran miembros de la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Asís, conocidos por su piedad entre los cristianos, y estimados de los paganos por su irreproachable honradez.

Una mujer, Catalina Kao, esposa de Tchang-kun, es celebrada en el villorrio de Van kia-lin, como admirable ejemplo de cristiana fortaleza. Al saber que la iglesia de la ciudad había sido quemada, no dudó un momento esta piadosa familia que sus días estaban contados, que los boxers no tardarían en buscarlos; así es que se prepararon todos á sufrir con magnanimidad y constancia cuantos padecimientos la divina Providencia permitiera por el honor y la gloria de la religión. Algunos amigos paganos les aconsejaron que, pues estaban resueltos á no renunciar á su profesión de cristianos, huyeran á los montes donde tal vez pudieran evitar la muerte. Convinieron en ello, y con algunas provisiones de boca y llevando los libros y cuantos objetos piadosos tenían, se internaron en los vecinos bosques donde permanecieron ocultos y en continua oración por espacio de algunos días. Luego, empero, se trasladaron á la cristiandad de T'ang-yao-Kou, para unirse á otros cristianos que, congregados en su pequeño oratorio, esperaban resignados la venida de los boxers sus perseguidores, que ya les había sido anunciada. Y en efecto, dos días más tarde, aquellos tigres de feroces instintos llegaban gritando desolación y muerte; mas los infieles del lugar, imbuídos en supersticiones, temiendo por el porvenir, se opusieron á que en su territorio hubiese derramamiento de sangre, é hicieron que los cristianos todos, grandes y chicos, huyeran á los montes. Pasaron aún algunos días, ya los cristianos habían bajado á la cristiandad de Van kia-lin, cuando los boxers como arrepentidos de su debilidad y de haber perdido ocasión tan bella para deshacerse de una porción de cristianos y de ensayar en ellos sus salvajes instintos, se proponían acudir en gran número á Van-kia-lin. No se ocultaron á los cristianos estos designios y aun pudieron huir otra vez á los montes. Sólo Catalina, que sintiéndose débil y enferma de los pasados sufrimientos apenas podía dar paso, resolvió no moverse de aquel lugar, poniéndose en todo y por todo en las manos de la Providencia. Antes empero de darse la última despedida, rezó en compañía de su esposo é hijos el santo ejercicio del Vía Crucis, como para afirmar su corazón y sus fuerzas con el recuerdo de la Pasión y afrentosa muerte del Salvador del mundo. En seguida entregó á su esposo el rosario, un crucifijo y el escapulario de la Venerable Orden Tercera del llagado Serafín de Asís á la cual pertenecía, y exhortando á todos á que permanecieran constantes en la fe, los despidió con lágrimas de inefable ternura. Su hijo, lleno de un fuego santo, había manifestado deseos de dirigirse sólo á la pagoda que servía de nido á los satélites de Satanás, para afearlos abiertamente de su conducta y proceder para con los inocentes cristianos.

Su madre, sabia y prudente, le aconsejó que no lo hiciera así, asegurándole que el santo celo de que se hallaba animado podía degenerar en vanidad y orgullo, y ser no tanto una inspiración del cielo cuanto una astuta tentación del infierno; no debemos temer la muerte cuando se trata de morir por la gloria de Dios y nuestra religión, pero tampoco conviene ir en busca de ella imprudentemente. Fuéronse con esto su esposo é hijos, y ella se hospedó en casa de un pagano. Luego llegaron tumultuariamente los boxers, los cuales sabiendo que Catalina se había ocultado en casa de un pagano, quisieron castigar simultáneamente á éste como cómplice, mas ella, á fin de que su bienhechor no sufriera daño alguno por su causa, ofrecióse á los boxers diciendo: No quiero que por mi causa hagáis daño alguno al prójimo; me pongo en vuestras manos, matadme cuándo y cómo queráis. Los perseguidores llenáronse de estupor á la presencia de una pobre mujer que con tanta energía les hablara. «Si deseáis matarme por el hecho de ser cristiana, matadme; cristiana soy y cristiana seré hasta el fin de mis días. No pudiendo sufrir la santa audacia de la invicta Catalina, los boxers en un movimiento de ira diabólica, arrojáronse como tigres sobre ella, y á golpes de cuchillos, sables y otros instrumentos, hiciéronla sufrir horroroso martirio, durante el que ella agonizando y con expresión dulcísima de alma bienaventurada, repetía los dulcísimos nombres de Jesús, María y José. Refiere su hijo superviviente que un día se le apareció su madre resplandeciente y hermosísima, y como él la preguntase lo que había respecto del Paraíso y del Infierno, ella le contestó que lo que había enseñado nuestro Señor Jesucristo y lo que tiene nuestra santa madre la Iglesia.

No sólo los cristianos, si que los paganos del pueblecillo de Ien-kia-san, recuerdan con entusiasmo y hablan con frecuencia del hermoso ejemplo que de su confianza en Dios y de una santa indiferencia, legó á la Iglesia del Shansi el fervorosísimo cristiano Santiago Sun, sexagenario. Oyendo que los boxers, proclamándose invulnerables, defensores de la Patria y protegidos de la Autoridad, se libraron á toda suerte de crueldades contra los cristianos en toda la provincia, y que el terror y la angustia se apoderaban de sus vecinos, valiéndose de la preponderancia que su edad le daba y del respeto y consideraciones que debido á su probidad y honradez todos le guardaban, exhortaba á sus compañeros á no temer á los que pueden matar el cuerpo, pero nada pueden contra el alma, cual lo demostraba el hecho de tantos y tantos que con heroico valor habían sabido sufrir la muerte por el Redentor bendito. «Necesario es, decía, que de vez en cuando seamos purificados de la escoria que se nos haya adherido, como el oro se purifica en el fuego; después del combate vendrán días de paz á la Iglesia y la religión prosperará rápidamente; ¡quién sabe, añadía, si los mismos que hoy nos persiguen con furia tanta, vendrán un día á engrosar nuestras filas, á llenar con creces las vacantes de los valientes confesores de la fe! No dudéis que por un fiel que generoso derrame su sangre por la religión, Dios, su divino Fundador, hará que cien infieles lleguen á conocerle y adorarle en espíritu y en verdad. Convencido de esta verdad, no pensó si-

quiera en darse á la huída, y un día que tranquilo se hallaba cultivando sus campos, se dejaron ver por allí los boxers. Era costumbre suya arrodillarse en el lugar mismo donde cesaba de su trabajo, para rendir el homenaje de sus piadosos sentimientos al Todopoderoso, y aunque se hallaba á la vista de sus enemigos, pensó que no debía dispensarse de una tan bella acción, que durante tantos años tan escrupulosa y fielmente hubiera observado. Los boxers se arrojaron sobre él, que impertérrito continuó su oración sin interrumpirla siquiera, muriendo arrodillado, con profunda admiración de sus mismos enemigos, que no podían menos de reconocer que una religión que tal virtud comunica al humano corazón, de suyo frágil, deleznable y propenso al temor, no podía ser sino verdadera y sobrenatural.

¿Y qué decir de los dos jóvenes, Agustín Kao y Domingo Tchang, que en la flor de su edad, á los 21 años apenas cumplidos, subieron tras horroroso martirio á recibir la palma prometida en los cielos á los heroicos confesores de la fe? Verdaderamente si el número de los mártires del Shansi mueve á bendecir las maravillas de la gracia divina, el corazón siente alegría inefable, un no sé qué de espiritual y emocionante que grandemente entusiasma, al contemplar la calidad, la condición ó el sexo de los atletas. Habían llegado á la cristiandad de Ho kia tsen, donde á la sazón se hallaba misionando el sacerdote indígena D. Pablo K'un—(cuyo glorioso martirio queda ya descrito), las nuevas de la persecución suscitada contra el Cristianismo por Iu sien, primera autoridad de la provincia.—Dicho sacerdote pensó en el primer momento que, llamando á algunos jóvenes de las Misiones próximas, podría librar de la muerte á muchos de sus cristianos y de la destrucción á su querida iglesia, defendiéndose con denuedo y rechazando la violencia con la violencia. Nuestros dos jóvenes, Agustín y Domingo, fueron de los primeros en acudir al llamamiento de su digno misionero.—Mas luego, viendo que los boxers se multiplicaban, y considerando que la defensa tal vez pudiera dar por resultado contrarios efectos, dejó que los defensores volvieran á sus casas, encomendándolo todo á la divina Providencia.—Al pasar nuestros dos jóvenes por un pueblo llamado Ho-kia-tsun, fueron reconocidos como cristianos y al momento declarados prisioneros. Es indescriptible el horrible martirio que estos dos jóvenes hubieron que sufrir, por cierto con una resignación y una santa complacencia que maravilla. Atados de pies y manos con diabólica crueldad, fueron conducidos á una pagoda donde, negándose á la apostasía, fueron puestos á durísima tortura, que no duró menos de tres días completos. En sus cuerpos no se veía parte sana, con la particularidad de que no querían inferirles herida mortal, precisamente á fin de que su martirio fuese más lento y doloroso. El tercer día, viendo que ya desfallecían por los dolores y falta de todo alimento, ya que aun al proponerles en estas condiciones la apostasía, respondían con débil voz: «Absolutamente no podemos; jamás conseguireis de nosotros acción tan villana y cobarde,» les cortaron los pies, las manos, y arrancáronles los ojos, y diversamente les mortificaban hasta que fueron al cielo á recibir la palma de los mártires.

FR. JOSÉ M.^a DE Iruarrizaga, O. F. M.
Misionero Apostólico.

LA MISIÓN DE SAN JOSÉ DE NARGANÁ ENTRE LOS KARIBES (República del Panamá)

(Continuación)

VE V. que ninguna secta tenga los milagros, que son el sello de la divinidad, que tiene el Catolicismo? —No, Padre.—Caliente como yo estaba añadí un propósito que le hizo reventar en lágrimas para que se vea que *Dabitur os* es decir las razones más á propósito, porque pensando yo que hablaba con un yanki, como todos le llamaban, y era sueco, le hice la tonta pregunta de «¿V., mister, ha estado en Lourdes?—Sí, Padre,» y le saltaron unos lagrimones como el puño. Quédeme espantado de que un yanki protestante hubiera ido á Lourdes. A un europeo ya le es eso más fácil. «¿Cómo V. desde Estados Unidos fué á Francia?—No, Padre, al venir de Suecia, mi patria, pasé por Francia.—Añadí, ¿y no ha visto V. allí á la Virgen y los milagros?—Sí, Padre, y se puso á llorar con gana.—Pues ahora pidamos á la Virgen la conversión.—Es que no quiero ser católico.—¿Por qué? Porque no tendría tanta libertad para el 6.º y 7.º, y de ahí no le pude sacar. Hete la madre del cordero de tanta impiedad y desmoralización moderna. Pues mire, mister, ya que su voluntad está tan reacia, siga V. haciendo limosnas, ayúdeme materialmente en la misión, á ver si por esas obras buenas logra su conversión, que si no se convierte, sepa que morirá mal y se condenará. Le tengo gran lástima.—Así sucedió á los pocos meses. Tan robustote como estaba cayó enfermo, ni con operación le pudieron salvar; le rodearon el lecho los masones en Colón, y con todo su dinero murió, sin que pudiera yo ir á su lecho, aunque lo intenté, pues no dejaban se le llegara nadie. Qué serie de enseñanzas: 1.ª El impío ó anticatólico á sabiendas, por eso es tal, porque quiere ser bestia ó amigo de faltar al sexto, y para eso de ordinario falta al séptimo. 2.ª Quien se niega á la luz merece morir en la obscuridad, privado de la fe. 3.ª El hombre tiene que aspirar á vivir como ángel ó como bestia: no hay indiferentes. La incredulidad es careta de carnalidad, etc.

Día 4. Salimos de Playadamas hacia Santa Isabel. El capitán también era presbiteriano, negro jamaiicano. ¡Qué bien instruido á su modo protestante en la biblia! ¡Qué racionalote y pausado en exponer sus dudas! Dijo que no quería en el viaje cambiar de religión porque se había dejado en casa su biblia donde tenía apuntadas otras dificultades, y no quería proceder de ligero, pero que él me buscaría en Colón ó en donde pudiese, pues quería de veras salvarse y dar con la verdad.—Llegamos á las once á Santa Isabel. ¡Qué negros tan buenos! Luego reuní á los muchachos á la doctrina, y de tarde al pueblo al Rosario y sermón. Nos reunimos bajo el techo de la iglesia en construcción, pues acá puestos los pilares, se hace lo primero el techo y luego las paredes. Gozan estas gentes oyendo la palabra de Dios.

Día 5.—Aunque ya otra vez había estado acá, ahora, vista de la determinación que dije del señor Obispo de tomar á Santa Isabel por escala, propuse al pueblo

la idea y quedó complacido. Ya han aprendido los muchachos á cantar Santa María, y un muchacho dirige el coro de los varones y una muchacha el de las mujeres: no había en el pueblo quienes supiesen rezar. Así repitiendo el coro lo que dice el respectivo director, rezan y cantan la Corona. Mi karibe está todo el día enseñando á cantar las Letanías. ¡Qué fervor de pueblo por aprender!

Hay un negrito, Tomás, de muy buena memoria, que quiere ser el sacristancito de este pueblo nuevo, ya que tengamos iglesia. ¡Quién sabe si tome á éste en vez del semi apóstata karibe! En fin, retengo á éste, porque tanto lo he querido, pues fué el primero de los indios que se convirtió, y el otro día se arrepintió en Colón de lo hecho en el viaje de España y de la estancia en Panamá.

Día 7. Pentecostés.—Dan muchas misas y respuestas estas gentes. Es pueblo éste sencillo, dócil, y está en aptitud para recibir la palabra de Dios. Lástima que casi la mitad del pueblo esté amancebado, pero casi se puede eso disimular, porque no han tenido Sacerdote de asiento nunca, y mucho es si á los tantos años han visto algún sacerdote ó misionero por unos días. La Historia de este pueblo irá en el Apéndice, ya que propiamente no es pueblo de la Misión de karibes.

¡Qué atención de esta gente al sermón y Misa de hoy! Pidieron procesión de rogativa, pues temen se les seque el arroz, y la dejamos para la tarde. Sin consultar con nadie hicieron altares, como si hubiera de sacarse el Santísimo, y así para no desairar su trabajo en cada altar rezamos una oración. Iba delante de la procesión una partida de mosqueteros echando salvas. Hicieron los pobres lo que han visto hacer en otras partes y lo que han podido copiar.

Me dice un negro que acaba de llegar de San José de Narganá, que el Cacique Carlos está afligido diciendo: «Ya Dios nos ha castigado, pues se fué el Padre á España y ya no querrá volver, y nos vamos á quedar aquí siempre animales como quieren los agilicandies, chachardies y monteses.—¡Oh misterio de la predestinación! *Qui facit veritatem*, como este Carlos, *venit ad lucem*; pero los más de aquellos karibes son de los que *qui male agit odit lucem, et non venit ad lucem ut non arguantur opera ejus. Non enim potest fieri ut corpus baptismi recipiat sacramentum, nisi ante anima fidei susceperit veritatem*. Ese es el secreto por que Dios dejó tantos años á estos salvajes, habiendo sido los primeros de América que tuvieron Obispo, y quien sabe si deja ahora Dios á esos agilicandies, chachardies y monteses. No quieren hacer la verdad, esto es, no quieren practicar lo bueno que alcanzan, odian la luz, y por eso la luz no les va.

Día 8.—En cambio, me llamaron hoy á confesar á un italiano, de fe antigua, del tiempo cuando, como él dice, los padres de familia daban un estacazo al hijo des-

obediente, que al toque del *Ave Maria* no estuviese en casa, y cuando todos se gloriaban de creer lo que Dios y la Iglesia dice, y por eso, á pesar de sus extravíos, Dios le concede morir con un sacerdote al lado. Confesóse, pues, y á las pocas horas murió. No parecía que debiese fenecer tan pronto. Le hice las exequias como á pobre peregrino, gratis. Fué todo el pueblo á llevarlo al distante cementerio, rezando el Rosario.

Efecto de la rogativa es un diluvio esta noche, hasta el punto que el antiguo río se pasea por las calles, como diz que suele en las grandes avenidas. Con razón están aquí las casas sobre horcones.

Día 9.—Con la lluvia, santo Dios, ¡qué inundación de mosquitos, insectos y palomitas de treinta mil clases! En el rezo de la Corona de la tarde y sermón diario todos estábamos manoteándonos contra los mosquitos. Hasta por mangas y canales se meten esos bichos. Por fortuna aparecen y desaparecen tan molestos entes según el viento. Aquí lo que habremos de hacer es un plano de pueblo en que todas las calles sean de boca al mar y bien rectas.

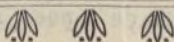
Lo peor del caso es que ya me han empezado á salir *perlitas*, así llaman á unas lentejuelas de materia que forman picaduras de ciertos insectos, que molestan mucho porque se esparcen por todo el cuerpo y son difíciles de curar si no es con muchos baños y gran cuidado de evitar tales picaduras. A ese fin cada día tras el desayuno con mis dos sacristancitos, el negro y el indio, cogemos un cayuco y río arriba nos vamos á buscar buenos recodos donde tomar nuestros baños. ¡Dios santo, cuánta coloradilla, esto es, un insectillo casi imperceptible á la vista que se mete en los poros, da gran comezón por todo el cuerpo y hasta produce calentura! Amén de la coloradilla hay niguas, tan pequeños ó más que el otro insecto, pero éstos anidan dentro del cutis. ¡Vaya unos cilicios animados!

Acabado el rezo de la Corona vino Zoilo, anciano patriarca de este pueblo y actual alcalde, y me dice: Padre, ¿no sabe V. una fechoría que han hecho los indios? —Hombre, dime. —¿V. conoce al viejo Manuel Portete? (Véase n.º VII). —Sí, hombre, es mi vecino en Narganá, valiente pécora, brujo y malo. —Pues él era curandero. Resultó que se le han muerto varios enfermos últimamente en Río Azúcar. —Hombre, á ese pueblo tengo intención de ir yo ahora para ver si me admiten y llamar á ese pueblo *la Inmaculada de Río Azúcar*, para quienes las *Damas Catequistas de Barcelona* me dieron un hermoso cuadro de la Inmaculada, en seda. —Pues oiga V. qué tal son esos indios, no vayan á hacer otro tanto con V. Cogieron al viejo Portete, y lo cogieron por ser un fanfarrón, que ya le decían en secreto algunos negros husmeadores que lo querían quemar sus paisanos. Pero él contestaba que eso decían para asustarle, por el miedo que le tenían los indios; pero que él bien sabía que no se le acercarían, y cuando más lo chamuscarían un poco, pero él los mataría con sus brujerías. El hecho es que habiéndose calentado los indios con borrachera, apresan al brujo, lo llevan al extremo de su isleta, hincan la gruesa, y verdes palos como patas de su lecho formado por varas

correspondientes, verde, lo cubren al infeliz, ya bien amarrado lo untan de petróleo, lo envuelven bien en la vela de su cayuco con petróleo, lo aseguran sobre aquella cama y ponen cáscaras de coco secos bajo de aquellas parrillas, y fuego con él. Se levantó gran humareda y poderosas llamas: gritaba el infeliz al sentir el fuego, sin poderse desliar. A todo eso el pueblo en derredor presenciaba el suplicio impávido, y aun los mismos hijos de Portete, sin que éstos pudieran defenderlo, pues todos los demás estaban en contra. Empezó á quedar sofocado mientras diz que el pellejo se le levantaba y se deshacía la carne, sin que tal horror retrajese á los presentes, que pensaban hacer una justicia merecida. Así entre los dolores más agudos y voces murió el malvado Portete entregando su alma al demonio á quien había servido. —Dices bien, porque ya le tenía yo dicho que Dios le había de castigar con mala muerte, pues él y su hijo fueron los que más se opusieron á que entrara á los karibes el Evangelio, y me dijo treinta mil maldades, y nunca se mostró ni siquiera tolerante á que entrase Cristo en sus tierras. —Pues, Padre, ese es el modo ordinario que tienen de matar en sus justicias ó injusticias. Después de matado el ajusticiado entregan los restos á los parientes para que los entierren. —Y ¿harán conmigo otro tanto? —Padre, son muy pérfidos, pero el pueblo de Narganá está muy por V., y ahora están esperándolo con ansia. Los otros gentiles son los que están cerrados en no admitirle y harían con V. otro tanto que con Portete. ¿A qué no sabe V. quién ha dado aquel fallo? Pues un tal *Buaka*, así llamado, porque se crió desde niño entre *huakas* ó blancos en Portobello, que sabe muy bien el castellano. Porque ha de saber, Padre, que todos los peores que hay entre los indios son los que se han educado entre nosotros. Ese karibe que V. lleva déjelo que vuelva al bosque, y V. me dirá lo que saldrá de él. El karibe siempre karibe, y quién sabe si ese muchacho sea su martirizador. Mire V., hay un tal X... que es el peor de todos esos indios. Desde niño se crió en Portobello: se bautizó y confirmó. Hasta tuvo hijos en una negra, y su patrón le mandaba en barco al Comercio por esa costa entre los indios. Como tan conocedor de su idioma y ladino iba él de capitán y nos mandaba á nosotros en la empresa. En cada viaje le daban sus paisanos en los pueblos *alguna* que le atase y obligase con la pasión á quedarse con ellos, porque por su sagacidad querían quedárselo para caudillo. En uno de los viajes se quedó, y eso que decía que ya no podía hacerse á sus comidas ni á su vida salvaje, y era falso, pues en cada viaje se separaba de nosotros y se iba á hartarse de sus inmundicias. Tras una temporada de vivir ya con ellos, volvió á tierra de cristianos y llegó hasta mayoral de una hacienda. Se casó, y abandonada la mujer é hijos, se fué á los gentiles donde hoy es el más irreconciliable enemigo de los civilizados y mantiene cerrado irremisiblemente el territorio del *Bayano* ó de montes á la civilización cristiana.

P. LEONARDO GASSÓ, S. J.

(Continuará).



EL CANAL DE PANAMÁ

La prensa ha esparcido ya por los cuatro vientos la noticia de que la gigantesca obra de la apertura del istmo de Panamá, estableciendo la comunicación interoceánica del Atlántico y Pacífico, ha tenido feliz conclusión el 10 de Octubre próximo pasado y, aunque no puede admitirse, como han afirmado varios periódicos, que, al saltar por la fuerza de la dinamita el último obstáculo que se oponía á las aguas, se han unido los dos mares, pues éstos permanecen separados entre sí por un inmenso macizo montañoso que no se ha podido roturar, es un hecho que, desde aquel momento, el Canal ha quedado abierto á la navegación, restando sólo verificar algunas ligeras operaciones de dragado, para que, con toda facilidad y sin estorbo de ningún género, los trasatlánticos pasen de un océano á otro á través de dicho canal.

A la consideración de los lectores dejo las importantes consecuencias que de esta colosal empresa resultarán en los distintos órdenes de la vida, especialmente desde el punto de vista político, económico y comercial. Yo me ceñiré en estas sencillas notas á la exposición histórica y técnica de cuanto con ella se refiere, sintetizando los datos más precisos y necesarios que he podido reunir acerca de esta cuestión.

El primero que concibió la idea de la conveniencia de unir los mares Atlántico y Pacífico á través de Panamá fué un navegante español, llamado Antonio Galbao, en 1528. Pero el Emperador Carlos V, á quien aquél manifestó tal proposición, apenas la atendió, por considerarla en su tiempo como imposible. Después, ya en pleno siglo XIX, los franceses tomaron por su cuenta la iniciativa de los trabajos del Canal; mas éstos no pudieron afrontar las grandes y al parecer insuperables dificultades que á este fin oponía la gran masa de terreno que habían de desmontar, los rigores del clima, y, sobre todo, las fiebres palúdica y amarilla que, por las malas condiciones del suelo, dominaban la región, atacando y produciendo una espantosa mortalidad en los operarios. Baste recordar que los 1,000 negros llevados en un comienzo desde la costa occidental de África, porque se creía que ellos, como avezados á los trabajos duros y hechos á las temperaturas tropicales, serían los más indicados para estas faenas, murieron todos en el espacio de seis meses, sucediendo idénticamente con los 1,000 chinos que sustituyeron á los negros, de todo lo cual se originó el nombre de Matachín con que por unanimidad se bautizó al paraje principal en donde las personas eran atacadas de tan terribles enfermedades.

En poder de los norteamericanos, á quienes los franceses, por estas causas y otras, de las cuales es mejor no hacer historia, hicieron pasar en 1900 la propiedad y material de trabajo, la obra del Canal de Panamá ha recorrido una fase de actividad verdaderamente asombrosa, pues, no obstante las frecuentes peripecias de

derrumbamiento de las obras realizadas, que llevaban á veces tras sí el trabajo de algunos meses, han conseguido á fuerza de constancia, de estudio y de millones, vencer tales dificultades y dominar casi en absoluto los obstáculos que la naturaleza oponía á tan ingente obra.

Y digo casi en absoluto, porque, á pesar de todo, no les ha sido posible cortar la gran montaña que se levanta en el punto llamado La Culebra, que es lo que se pensó hacer primeramente, con el fin de abrir el Canal á nivel entre los dos mares, caso en el cual, desde luego, sí se habrían dado la mano, como dicen algunos periódicos mal informados, el Gran Océano y el Atlántico. Pero de este proyecto hubieron de desistir así los franceses como los yankis, dirigiendo estos últimos sus esfuerzos, en vista de tales hechos, á facilitar la comunicación á nivel desde Gatún á Pedro Miguel y por esclusas en el resto de su longitud.

Pormenor digno de mención, por ser quizá el que más ha influido en la realización de tan colosales trabajos, es la atinada y constante dirección imprimida por los norteamericanos á la obra previa de salubridad en la región y alrededor de Panamá, sin lo cual no se hubiera podido dar un paso, pues los trabajadores aca-rrados por ellos hubiesen corrido la misma suerte que los llevados allí por los franceses, muriendo víctimas del contagio endémico. Comisiones científicas encargadas exclusivamente de estudiar la evolución de las dos clases de mosquitos que propagan el paludismo y la fiebre amarilla, así como los medios de extirparlos; millares de brazos ocupados solamente en desecar terrenos pantanosos y esterilizar las aguas por medio de líquidos intoxicantes; servicios sanitarios para acudir prontamente á cualquier trabajador que sintiese los primeros síntomas de la enfermedad; vigilancia estricta contra el desarrollo de las ratas y demás animales apes-ados; construcción de las casas y los pueblos según las más perfeccionadas reglas de la profilaxis y medicina, etc., etc., hasta lograr, como por encanto, corregir las condiciones insalubres del terreno, ahuyentando totalmente ó exterminando los agentes de infección: he aquí los más importantes trabajos que han sabido realizar los directores de la gran empresa del Canal, para no exponer á la gente operaria al riesgo seguro de la muerte que corrieron cuantos al principio pusieron sus manos en esta obra.

En tales condiciones y con tales auspicios no es de maravillar que lo que para Francia resultó irrealizable, para los Estados Unidos se haya convertido en una feliz realidad, cuyos efectos beneficiosos en breve disfrutarán todas las naciones del mundo, y en especial las compañías trasatlánticas.

El Canal se extiende desde Colón, en la costa del Atlántico, hasta Panamá, en la del Pacífico, pueblos que se hallan separados en la dirección Noroeste-Sudeste por una distancia de 35 kilómetros. Esto no obstante, la longitud del Canal es de 80 kilómetros y medio, pues, aparte de que no sigue la dirección de la línea

recta, sino que marca una línea muy sinuosa por las exigencias naturales del terreno, se interna en ambos océanos 7 kilómetros por cada lado, atravesando las bahías de Limón y Panamá respectivamente.

A su entrada en la tierra firme por Colón el Canal presenta una anchura de 150 metros y una profundidad de 12 y medio. A los 11 kilómetros de la costa penetra en el gran lago de Gatún, en donde vierte sus aguas el río Chagres, formando en conjunto una superficie de 42,474 hectáreas. En este punto el nivel asciende 26 metros, altitud que los buques han de salvar mediante un juego de esclusas repartidas en tres grupos de dos acodadas. Desde aquí hasta Pedro Miguel, en un trayecto de 63 kilómetros sigue su curso normal á nivel, aunque variando mucho su anchura en los diferentes puntos de su cauce, pues de 300 metros que tiene cerca de Gatún disminuye hasta 80 en las cercanías de Pedro Miguel, en la parte correspondiente á la Culebra, que es la que, por lo grande de su mole montañosa, ha resultado de más difícil canalización. Aquí se presenta la esclusa de Pedro Miguel que baja el nivel de las aguas 9 metros y, franqueado este paso, el canal se interna en el lago Miraflores, que tiene 3 kilómetros de longitud y está constituido por las aguas que arrojan los ríos Grande, Pedro Miguel y Cocoli. En el extremo de este lago el Canal atraviesa las dos esclusas de Miraflores, que bajan el nivel hasta el de las aguas del Pacífico.

De todo esto se desprende que el Atlántico y el Pacífico no mezclan sus aguas en el Canal, puesto que la mayor parte de éste se halla á un nivel á donde no pueden subir sus aguas ninguno de ambos océanos. Lo que sucede en realidad es que las aguas de los ríos mencionados y las de algún otro de menos importancia llenan constantemente el Canal, y en las maniobras de las esclusas fluyen siempre de los puntos altos á los bajos, yendo unas veces las aguas del Chagres á desembarcar de esta manera en el Atlántico y otras las del Chagres con las del Grande, Pedro Miguel y Cocoli al Pacífico.

A fin de facilitar la travesía á todos los trasatlánticos modernos, por grandes que sean sus dimensiones, se han construido los biefs ó compartimentos de las esclusas de 300 metros de largo, 33 de ancho y 12 de profundidad, si bien para economizar el gasto de agua, en los casos en que la longitud de los navíos no exceda 180 metros, se ha dispuesto en cada bief una puerta intermedia que le divide en dos, uno de 180 y otro de 120 metros. Las dimensiones de una sola de las hojas de estas puertas son 14 á 24 metros de altas, 20 de anchas y 2 y medio de espesor, no siendo, por tanto, de extrañar que el peso total oscile entre 300 y 600 toneladas, puertas enormemente grandes que con rapidez suma mueve la electricidad á un lado ú otro, para abrirlas y cerrarlas en un momento dado.

En los trayectos á nivel el buque debe marchar por sus propios medios de impulsión, pero antes de franquear las esclusas debe detenerse, á fin de evitar el choque contra los muros que las constituyen, y, para el caso en que un accidente imprevisto, por efecto de alguna mala maniobra, no cortara el curso al vapor, existen á unos 30 metros de las esclusas, sendas y po-

derosas cadenas cuyos extremos se hallan fijados en frenos hidráulicos enclavados en los muros laterales, las cuales de ordinario descansan en el fondo, pero en un instante pueden ser levantadas automáticamente para estorbar y cortar el paso al buque que se halle en peligro.

Una vez entrado en la esclusa, el navío es acarreado á remolque por locomotoras eléctricas, más ó menos en número según el tonelaje del barco, las cuales circulan de una parte á otra del Canal por un sistema de cremalleras.

Créese que el recorrido, por término medio durará



TAHITI (OCEANIA).—Peni, Bernardita y su hijito, excelente familia cristiana de Manihiki.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Kerdal.

diez ó doce horas, tres de las cuales se invertirán en el paso de las esclusas.

El alumbrado durante la noche se efectúa por una doble hilera de 60 faros próximamente; algunos de ellos tienen un alcance óptico de 19 kilómetros, y los que se encuentran en la entrada del Pacífico alumbran una superficie de 32 kilómetros de radio.

Estos faros se encienden y apagan por sí solos al comenzar la noche y el día, respectivamente. El órgano principal de este mecanismo es una válvula que se cierra por efecto de la dilatación que los rayos solares producen en un vástago de vidrio cubierto de negro de humo y se abre cuando, al cesar la acción del sol, deja de dilatarse dicho vástago, impidiendo en un caso y permitiendo en otro el paso, á través de dicha válvula, del acetileno, el cual, por medio de una lámpara que arde continuamente en su orificio de salida, se enciende siempre que hay necesidad.

La inauguración se anuncia para Enero del próximo año, y desde entonces el viaje de Europa á los Estados de la América Central quedará acortado casi en una mitad.

Añádase á esto que en breve se instalará una estación radiotelegráfica cuyo radio de acción, según proyectos, será de 4,828 kilómetros, y se tendrá una idea

algo aproximada de la grandiosidad de esta empresa, así como de la satisfacción de los yankis que, con tan feliz éxito, han realizado una obra en la cual se cuentan por miles los millones invertidos, lo mismo que las vidas humanas sacrificadas por contribuir al progreso de la sociedad.

FR. JESÚS M.^a DE ORIHUELA.

BIBLIOGRAFÍA

Theorie de la Messe, sommaire du cours, notes, lectures, avec 50 illustrations, par J. C. Broussolle, Aumonier du lycée Michelet. Un volumen de 264 págs. Prix, 2 fr. P. Tequi, editeur.—La obra del Rdo. Broussolle es obra de enseñanza y forma parte de un curso completo de Religión. El autor reúne en ella su experiencia de largos años de cátedra y hace un excelente *livre de classe*. Explicando la Santa Misa explica cuanto con ella se relaciona y cuanto representa, con lo cual dicho está que enseña buena parte de lo más importante de nuestra sacrosanta Religión. La claridad de su exposición, las muchas cuestiones que propone y resuelve, los muchos grabados que ilustran las principales materias, hacen muy útil y práctico este libro, quizás único en su clase.

—*Lo que puede un Coadjutor*, por el Dr. D. Federico Santa-maria, Pbro. Volumen de 150 páginas. Precio, 60 céntimos en las principales Librerías y en casa del autor, plaza de las Peñuelas, 20.—Madrid.

El presente libro es una edición compendiada y económica de la obra del mismo autor titulada *El Apóstol social de Chamberí D. José María Roquero*. Y este es el coadjutor que se nos propone como modelo: y lo es muy digno de imitación, pues fué su vida activísima y toda consagrada al bien del prójimo y á mayor gloria de Dios.

—*Poemas de Santa Teresa de Jesús*, entresacadas de las diferentes ediciones de sus obras. Prólogo del R. P. Francisco Jiménez Campaña, de las Escuelas Pías, correspondiente de la Real Academia Española.—Un volumen de 72 páginas en 8.^o mayor, 1 pta Gregorio del Amo, Paz, 6, Madrid.—Buena idea ha sido reunir en un tomito todas las riquísimas flores, y no de invernadero, sino de las del campo, frescas, espontáneas, que lucen sus encantos tal cual los creó Dios; riquísimas flores de la incomparable castellana que tan alto se sienta en el monte santo del Carmelo. Los versos de Teresa de Jesús «que no se escribieron pensando en la fama, sino sintiendo el dardo del amor divino en las entrañas,» serán siempre lectura sabrosísima, y por todos conceptos provechosa al alma cristiana.

—*Meditations sur le mystere de l'Agonie de N. S. Jesus Christ, suivies de Prieres pour l'Heure Sainte*, par N. Laux, prêtre de la Mision.—Un volumen en 16.^o de 168 págs., precio 1 fr.—P. Tequi, editor. París.—Mejor que meditaciones completas las del librito que nos ocupa, son pensamientos que el fiel debe desarrollar meditando. El autor dedica su trabajo, que comprende meditaciones sólo sobre la que podemos llamar primera fase de la agonía del Salvador, esto es, de la salida del Cenáculo á la entrada en el Huerto de Gethsemani, lo dedica en especial á los asociados á la Obra de la Santa Agonía, pero su lectura será provechosa á todas las almas piadosas, las cuales encontrarán al fin del opúsculo un muy devoto ejercicio para dedicar todos los días de una semana á meditar la agonía del Señor.

—De los Padres Salesianos de Sarriá hemos recibido el opúsculo de *Lecturas Católicas*, correspondiente á los meses de

Septiembre y Octubre, el cual es para nosotros particularmente interesante, pues estudia *Las Misiones Salesianas*. Nos proponemos dar á conocer á nuestros lectores algunos de los interesantes datos que contiene.

—*El arte de ser feliz y de hacer felices á los demás*, por el autor del *Método para educar la infancia en la piedad*, traducido del francés por una Religiosa Agustina, del Convento del Beato Orozco. Madrid, Librería Católica de Gregorio del Amo, Paz, 6. Un tomo en 12.^o, 0'75 ptas. en rústica y 1 en tela.

Contiene la obrilla una notable colección de pensamientos escogidos con talento, y á continuación de cada uno un muy acertado comentario: su lectura regala paz á las almas, y les enseña el camino que deben seguir para el logro de la felicidad.

—*La Compañía de Jesús y sus alumnos al terminar el primer siglo de su restablecimiento*, por el P. Sebastián Raggi Cante-ro, S. J. Un volumen de 126 páginas, de 20 por 13 cms. En rústica, 1 peseta. Gustavo Gili, editor, Barcelona.

Indica la constitución orgánica de la Compañía, sus aprobaciones por la Santa Sede, su supresión y restablecimiento, explica el origen de cada una de sus 27 actuales Provincias, la situación geográfica de éstas, el número de sus individuos y de sus Comunidades. El fin principal que al parecer se ha propuesto el P. Raggi en su trabajo, es dar á conocer el número de alumnos que se educan hoy en cada centro de enseñanza que dirige la Compañía. Y en esto está el mérito principal del opúsculo, pues sobre esto nada, que sepamos, se había publicado hasta hoy.

—*Hojitas de oro*, dedicadas á las Hijas de María por un Padre de la Compañía de Jesús. Segunda edición corregida y aumentada. Gustavo Gili, editor. Barcelona.—La recomendación que de la primera edición se hizo en estas páginas, excusa repetirla: la obra enseña á las Hijas de María á serlo como su Madre desea; contiene, además, múltiples devociones y las indulgencias con que están enriquecidas las principales.

—*Cuadros edificantes para las Hijas de María*, coleccionados por un Padre de la Compañía de Jesús. Un volumen de 275 páginas, tamaño 13 por 20 cms., 2'50 pesetas ejemplar. Gustavo Gili, editor. Barcelona.—El autor ha seleccionado de la *Revista Popular*, *Semana Católica*, etc., etc., esto es, de las principales Revistas católicas, los más notables relatos, ejemplos y sucedidos, y, agrupando los que pueden servir de modelo para una determinada virtud ó cualidad, los ofrece á las jóvenes, que los leerán con el interés de la novela y les aprovecharán como lectura espiritual, y este es el mérito de la recopilación que de veras recomendamos.

MIGUEL CASALS GAMBÚS.

LAS MISIONES CATÓLICAS dará cuenta en esta Sección de todas las obras cuyos autores ó editores le remitan un ejemplar.

Variedades

HECHOS QUE CANTAN.—LA COMUNIÓN ES DE VALIENTES ⁽¹⁾

CONTEMPLÓSE Fernando por centésima vez en la luna del espejo, y... quedó complacido. El uniforme militar que estrenaba, condecorado con las insignias de la primera graduación en la carrera, le caía á las mil maravillas. Ninguna arruga en el pantalón, la guerrera bien ajustada, los pliegues de las bocamangas al doblar el codo, graciosísimos.

Cubrióse el flamante kepis, ciñóse el sable, y mientras se iba adaptando los blanquísimos guantes, giró arrogante sobre sus espuelas, diciendo á media voz:— ¡A ver qué le parece á mamá!

Abrió la mampara de cristal esmerilado que comunicaba con un largo corredor adornado con tazas y macetas de flores, y cruzándole con gallardo paso, abrió también la mampara del lienzo fronterizo que comunicaba con el gabinete de su madre.

Era ésta la Sra. D.^a Inés de Gálvez, viuda de Montemar, Secretaria del Apostolado de la Oración, Vicepresidenta de la Adoración Nocturna, socia de todas las cofradías piadosas y benéficas de X..., y conocida de todos los pobres por sus obras de caridad inagotables.

En el momento en que le sorprendió su hijo Fernando, se hallaba dando la última mano á alguno de los trajecitos de marinero que habían de vestir los niños del *Ropero Escolar* en las fiestas del Centenario de Cundinamarca.

Detúvose Fernando en el dintel con cara risueña y con apostura marcial.

—¡Fernando, mi hijo, á ver cómo te queda el uniforme!—Así dijo D.^a Inés, dejando la costura y atrayendo al arrogante joven hacia el gran corredor. Observóle atentamente, alisó y retocó, mas á modo de caricia que por necesidad que hubiese, algún repliegue del uniforme, y sentándose en el sofá más próximo, dijo contemplándole maternalmente:

—¡Bien, te está muy bien! Y como asaltada de una feliz idea añadió:

—Ya veo en ti realizada la primera parte de mis ensueños; me falta ver cumplida la segunda y principal.

—Pues, ¿qué me falta, mi querida mamá? dijo Fernando sentándose al lado de su madre.

—Yo te quiero *soldado* de tu religión y de tu patria; ¡pero soldado... *valiente*!

—¡Que se presente ocasión de esgrimir las armas, y se verá quién es Fernando de Montemar!

Doña Inés tardó en contestar. Clayó una mirada

cargada de íntimos sentires en su hijo, y al fin dijo con amorosa queja:

—Antes *comulgabas* frecuentemente, Fernando... ¡Desde que vistes uniforme... vas dejando la Comunión!

—Antes, sí, cuando era niño... ahora ¡ya soy hombre! Y levantándose y poniendo su diestra sobre la empuñadura del sable, añadió: Ahora soy... ¡Jefe militar!

Irguióse también la matrona cristiana con majestad de reina, y de frente á su hijo usó de esta enérgica ironía:

—¡Bien por el hombre! ¡Bravo por el militar que no



MONGOLIA ORIENTAL.—Caballo de Mongolia, llamado caballo tártaro.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R.^a P. Huelin

tiene valor para practicar el acto más alto y sublime de la religión que profesal

—¿Que no tengo valor? respondió desconcertado Fernando. Siempre que sea preciso mostrarlo; pero eso de comulgar... hay tan pocos de mi clase que comulgan...

—Pues una de dos, hijo mío; ó son incrédulos, y te pones tú del lado de ellos, ó son cobardes para confesar con las obras lo que profesan, y tú te sumas á esos cobardes.

—Vamos, mamá, dijo dejándose caer en su asiento Fernando, que una cosa es el valor de soldado y otra eso de... comulgar.

Sentóse á su lado D.^a Inés, diciendo:—En el solda-

(1) Estos hechos son rigurosamente históricos. Solamente se cambian nombres y se entreveran algunas circunstancias para dar amenidad á la narración.

do cristiano como yo te quiero, no son cosas distintas. No lo fueron en el General tu valiente y cristiano padre, que sucumbió después de haber dado en la última guerra las pruebas más bravas de valor.

—Y ¿mi padre comulgaba?

—¿Lo ignoras acaso? Y levantándose otra vez doña Inés, invitó á su hijo á que la siguiera diciendo:

—Ven, Fernando, vas á ver cómo la Sagrada Comunión se llama con toda verdad *Pan de los fuertes*.

Entraron ambos al gabinete-costurero, y abriendo D.^a Inés el cajoncito de una consola, sacó una primorosa caja de plata cincelada, y—¡mira, hijo mío, dijo, el más rico testamento que nos dejó tu padre! Estas, añadió separando un legajo y mal reprimiendo las lágrimas, éstas son las cartas y el *diario* que de él recibía yo durante la guerra. Y este es un cuadernito que él siempre llevaba consigo. Son

Hechos que prueban el valor de la Eucaristía

y que, según escribía en una de estas cartas, eran ejemplos que le estimulaban á él á oponerse sin temor á las privaciones y á las balas.

Picado de curiosidad Fernando, exclamó:

—Mamá, y ¿cómo no me había su merced enseñado ese tesoro tan precioso?

—Por lo que él con mano temblorosa escribió ahí momentos antes de exhalar el último suspiro. Lee al fin:

Arrebató Fernando el código, y leyó en su postrera página:

«Estos apuntes son el más valioso legado que dejó á mi hijo Fernando. Se los entregará su madre en mi nombre cuando ella lo crea más oportuno.»

Con mirada de pregunta y de sorpresa se quedó contemplando Fernando á su mamá. Ella, dominando sus impresiones, pasó cariñosamente el brazo por el cuello de su hijo, diciéndole:

—Antes eras niño; ahora... tú lo has dicho: ¡ya eres hombre! eres... ¡Oficial del Ejército! ¡Ya llegó el momento oportuno!

—Y ¿qué dice? ¿qué dice? murmuró con ansiedad Fernando.

Doña Inés se dirigió á la puerta del gabinete, la cerró, y volvió á sentarse junto al costurero de sus benéficas labores, mientras iba diciendo:—Lee tú, hijo, lee y medita...; verás cuánta razón tengo para decirte que te quiero *soldado cristiano*.

En el legajo de cartas iba el General Montemar comunicando á su esposa los sucesos de la guerra. Entre otros detallaba algunos *hechos* para ejemplo de su hijo, á quien sin pretender contrariar su voluntad y la vocación de Dios, destinaban los esposos cristianos para la carrera de las armas.

He aquí algunos *hechos* que contaban las cartas, y Fernando leía con avidez.

«... A las siete de la tarde del día 15 de Noviembre de (1900) llegamos á Puerto Viejo muertos de hambre.

«Después de mil vueltas sólo pudo conseguir mi ordenanza dos papas y un huevo. Consoléme con que al día siguiente podría alimentar mi alma con el SANTÍSIMO CUERPO de Nuestro Señor, por cuya causa, ó sea por

la causa de la justicia y de la Religión, arrostrábamos los azares de la guerra.

«Pero no tuve este consuelo, pues el día 16 hubo de ponerse el ejército en camino á marchas forzadas hasta el 20, en que llegamos á Ocaña, no tomamos más alimento que algunas papas y plátanos.

«Aquí más que el esfuerzo que recibió mi cuerpo con algún descanso y más comfortable alimento

se esforzó mi espíritu con el Pan eucarístico

que pude recibir de manos del Padre jesuita que nos acompañaba.

«El 1.^o de Diciembre, víspera de ponernos otra vez en marcha, tuvimos un acto conmovedor.

«Era primer viernes de mes, y treinta jefes, seguidos de multitud de tropa, nos acercamos á la *sagrada Mesa*. ¡Qué fortaleza siente el espíritu para sobrellevar nuevas fatigas! ¡Con razón se llama á la Eucaristía

¡Pan de los fuertes!

«¡Qué consuelo ver á tantos jóvenes guerreros estrechar contra su pecho cruces, medallas y escapularios de la Virgen! ¡Qué lágrimas aquéllas! Ahora he aprendido que el llanto no es sólo de débiles... Era allí erupción del torrente de consolación que Dios nos daba! ¡Vengan balas!

«El día 8, antes de salir para Cúcuta, celebramos la fiesta de la Inmaculada, COMULGANDO. El 10, ya en Cúcuta, pude también COMULGAR, con lo que *mi valor va en aumento*. Di muestras de él el día 16 por la noche en el terrible ataque del *Caimito*, del que sólo por un milagro pude salir vivo... Y siguieron multiplicándose las privaciones...

«El 1.^o de Enero pudimos de nuevo FORTALECER cuerpos y espíritus gracias al celo de los infatigables Capellanes. ¡Qué valientes se muestran sin contar con la pericia militar! Dicen *que ese valor se lo da la Misa y la Comunión*. Algo de eso debió de entender también todo el Ejército, porque los batallones *Pamplona, Pamplonita, Chindcota, Arboleda* y otros comulgaron después de una pequeña Misión. ¿Quién iba á temer ya al enemigo? Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?

M. URANO, S. J.

(Concluirá).

(De *El Mensajero del Sagrado Corazón*, de Colombia).

LIMOSNAS

Para coadyuvar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

	Ptas.	Cts.
CUARTO TRIMESTRE		
Suma anterior:	2	15
Para las Misiones más necesitadas		
Barcelona.—D. Francisco Fábregues.....	2	
**	4	
Total:	8	15

Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.—1913